

16



DAUDET

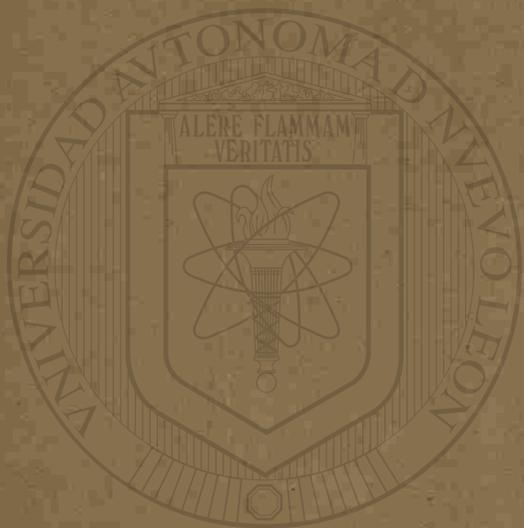
LE TESO  
DE  
ARLATIN

LA FEMME

PQ221  
.T7  
S6



1020026228

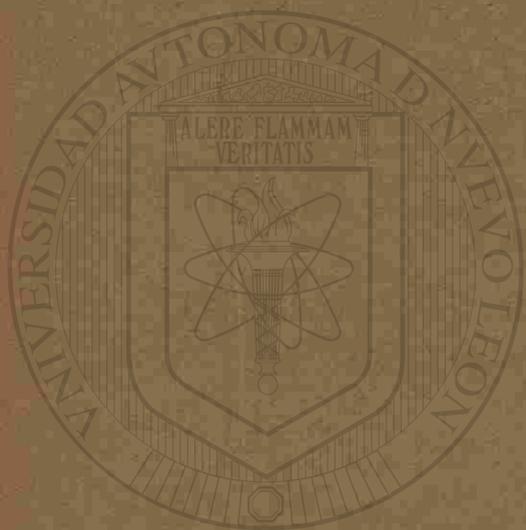


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL TESORO DE ARLATÁN

LA FEDOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. <sup>N</sup> D23812  
Vol. Antig. 29907  
Vol. Adq. - 85  
Procedencia  
Precio  
Fecha  
Clasific. *cy*  
Catalogo



ALFONSO DAUDET

*El Tesoro de Arlatán*

**La Fedor**

(PÁGINAS DE LA VIDA)

TRADUCCIÓN DE

LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN **29997**

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

19 - Campomanes - 10

1900

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"MARTÍN DE REYES"

098489 1525 MONTERREY, MEXICO

843  
D

Po 2216  
T 7  
S 6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los  
editores.

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de R. Rojas, Campo de Ases. 8 - Teléfono 316.

*Al querido recuerdo de*

*Timoleón Ambroy.*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## EPÍGRAFE

### EN LA CAMARGA

Coumo fai bon qu'on lou mistrau  
Pico la porto emé si bano  
Estre soulet dins la cabaño  
Tout soulet coumo un mas de Crau.

E veire per un pichot trau  
Alin bèn liuen, dins lis engano  
Lusí la palun de Girau;

E ren ausí que lou mistrau  
Picaat la porto emé si bano,  
Entereín piét quatqui campano  
Di rosso de la Tour-dón-Brau.

Qué bien se está cuando el mistral—  
pica la puerta con sus cuernos—solo en la  
cabaña, — solo como una granja de Crau.

Y se ve por un agujerito—allá abajo,  
muy lejos, en los hinojos marinos, —refu-  
cir el pantano de Giraud.

No oyendo más que el mistral—pican-  
do la puerta con sus cuernos, —y de vez  
en cuando los cencerros — de las yeguas  
de la Tour du Brau.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## EL TESORO DE ARLATÁN

### CAPÍTULO PRIMERO

*Sr. D. Enrique Danjou. — París.*

Al recibir tu carta, mi querido hijo, en el viejo Tim ha brillado la alegría como una hoguera de San Juan. Sí; si lo que dices es verdad, si sinceramente deseas acabar con Magdalena Ogé, pronto la maleta y ven á mí; tengo lo que necesitas. No aquí en los pinares de Montmajour. Para la prueba que emprendes, el sitio no es bastante salvaje; recibo revistas, periódicos, en los que encontrarías el nombre de tu diva y el detalle de sus proezas, sin contar con que adora el Me-

diodía, y sería muy capaz, adivinándote en Montmajour, venir á representar *Madame Camargo* ó la *Perichole* en el teatro de Arlés, como hace diez años. Desde Montmajour, cuando el cielo está claro, oímos cantar á las muchachas de Arlés. La voz de Magdalena te llegaría todavía con más seguridad, mi pobre Franciot (1), y te atraparía en seguida. Así, pues, el refugio que te ofrezco está en un rincón bastante más extraviado y lejos de todo, donde no llegan los periódicos, donde no hay vitrinas para las fotografías de actrices guapas, y del que puedes ver el adjunto itinerario.

Llegado á Arlés por el tren de París, el tren de la noche, sigues el muelle del Ródano, el solo viviente á esta hora de la mañana. El barco de vapor, que hace el servicio de la Camarga, humea al fin de la escalera. Son las seis; se empieza el

(1) Franciot, Franciman, denominación provenzal del francés del Norte.

embarque. Con la triple velocidad de la corriente, de la élice y del mistral, van desarrollándose las dos orillas. A la izquierda, la Crau, una llanura árida y pétreá; en frente, la Camarga, prolongando hasta el mar su inmenso triángulo de miés, de hierba, corta y de pantanos. De vez en cuando, á babor ó estribor, hacia Imperio ó hacia Reino, para hablar como los marinos del Ródano, el barco se pára en algún pontón, y bajan destajistas cargados de herramientas y muchachas con las cestas al brazo cubiertas con sus largas mantas oscuras. A la cuarta ó quinta escala en la orilla de Camarga, cuando oigas nombrar la masía de Giraud, desembarcas.

Ante la antigua granja provenzal de los Marqueses de Barbentane, con su largo banco de piedra y su tejadillo de cañas secas, te esperará el carricoche de Charlón. ¿Te acuerdas de Charlón, el hijo mayor de Mitifio, nuestro antiguo

guarda de Montmajour, el que te puso en las manos la primer carabina? Hoy Mitifio, carcomido por el reuma, como su amo, no puede meterse en las polainas sin horribles gestos; y ha sido su hijo el encargado por mí de la guardería de los estanques de Camarga, tan abundantes en caza, y de los que te he hablado tan amenudo. Charlón, prevenido de tu llegada, te conducirá á la Cabaña, nuestro apeadero de caza, y allí te instalará. Viviendo á doscientos ó trescientos metros de ti, estará día y noche á tus órdenes, y suministrará para tu mesa los conejos y el pescado que la hermosa. Naïs cocinará á la camarguesa.

Esta Naïs, mujer de Charlón, la bailaste en tu último viaje á Montmajour, hace cinco ó seis años, y es hija de uno de nuestros granjeros en tierra de Crau. Aún me acuerdo de tus gritos de admiración un domingo, día en que ponfamos el hierro á los toros y los coríamos, al

verla llegar á caballo al redondel con el marcador en la mano, y sus hermosos cabellos rojos retorcidos bajo una pequeña toca de Arlés. Te alegrará verla. Salvo el matrimonio Charlón, ni un vecino ni un alma; hay un guardián de caballos que vive hacia el estanque del Vacarés, pero el Vacarés está á una legua larga de la Cabaña, y además, ni en casa de este guarda ni al lado de Naïs y de Charlón, oirás pronunciar el nombre de Magdalena; nadie te hablará de ella, nada te recordará su imagen. Yo mismo no iré á verte mas que cuando me hagas una indicación: es preciso que la prueba sea completa.

Aquí, entre nosotros, querido mío, no tengo más que una débil confianza en este tratamiento por la soledad y el olvido. ¿No fué en el desierto cuando más tentado y atormentado se vió Jesucristo? Así, pues, provéete de firmeza y voluntad allá abajo; y si sientes acercarse el

peligro, has como los bueyes en Camarga los días de huracán. Se aprietan unos contra otros, con las cabezas bajas y vueltas del lado del cierzo. Nuestros pastores provenzales llaman a esta maniobra *vira la bano au gisclo*, volver el cuerno *au gicle*, al rocto del mar. Te recomiendo la maniobra. — *T. de Logeret.*

*Aviso.* Se carece de todo en la Cabaña. Procurarse un cuerno de pólvora es una empresa tan difícil como para Robinsón Crusoe hacer un viaje a su navio. Tienes que llevar bujías, azúcar, te, café, conservas; y perdona estos burgueses detalles en tan grave y sentimental situación.

## CAPÍTULO II

A la puerta de la masía de Giraud esperaba el hombre con su carricoche. Danjou tardó en reconocer al hijo de Mitifo en aquella cara afilada en aquellos rasgos hundidos y aviejados.

—¿Has estado enfermo, Charlón? le preguntó mientras iban los dos tras la carretilla con los equipajes hundiéndose en el país bajo.

—¿Enfermo yo?... Nunca, señorito Enrique. Únicamente que todos los años, en los grandes calores, estos estanques y canales, que ve Ud. moverse bulliciosamente y relucir como mercurio, todo se convierte en una verdadera podredumbre, y con sólo salir a tirar un ánade, se está se-

guro de volver á casa con fiebre. ¡Esto es lo que le curte á uno el pellejo!

Al decir esto, Charlón guiñó un ojo al elegante Franciot, con barba de retre (1), ojos pequeños y amarillentos de trampero hecho á los ardides de mar y tierra.

—Me parece á mí, señorito Enrique, que sus mejillas se han hundido también... Sin embargo de que allí en París no tienen ustedes nuestras fiebres pantanosas.

—Si... y fiebres muy malas; precisamente vengo á Camarga para tratar de curarme.

Danjou había hablado seriamente. El labriego le contestó con el mismo tono de gravedad.

—En verdad, que en la estación presente, nuestro país no puede ser más sano.

Pasadas hacía un momento las tierras de la masía de Giraud, entraban en plena

(1) Forma de barba que usaban los retres caballeros alemanes del siglo xvi.

Camarga salvaje. Formaba una línea uniforme, prolongada indefinidamente, cortada por estanques y canales brillantes, entre la rubicundez de los hinojos. Carecía por completo de altos árboles; únicamente se veían ramos de tamariscos y rosales como islotes sobre un mar tranquilo. Aquí y allá corrales para las bestias, extendiendo sus techos bajos casi á nivel del suelo; y rebaños dispersos, echados en la salina hierba ó caminando juntos alrededor de la gran blusa del pastor.

Para animar la decoración, la luz de un hermoso día de invierno meridional, el mistral soplando por las alturas, azotando y rompiendo un gran sol rojo y haciendo correr largas sombras en un cielo azul admirable.

—¿Y tu mujer, la hermosa Naís; no me hablas de ella, Charlón?

Bajo el descolorido fieltro deformado por los temporales, el guarda frunció sus espesas cejas.

—A ésa sí que la han cambiado las fiebres. Las tiene, por decirlo así, del principio al fin del año... Ya ve Ud., estamos en pleno invierno; pues ayer mañana se acostó con ella, y desde hace dos días no hace más que tiritar... *cla... cla...* ¡Ah! La hermosa Naïs, con quien bailó usted toda una noche, en la fiesta de Montmajour; la que pensaba tantas cosas al pasear cogida de su brazo y oír decir á su alrededor: "*ve, qué apuestos son*"...; esa, que es hoy mi pobre mujer, no se la parece en nada, y no seré yo quien se queje. Mejor la quiero así, menos hermosa, y para mí solo.

Esto lo dijo con un acento de sinceridad y cólera que chocó al Franciot.

—¿Estás celoso, Charlón? Y con esa necesidad tan humana de relacionarlo todo con nuestras propias miserias, le dijo: ¿Qué hubiera sido de ti si hubieras tenido una actriz por mujer, una cantante, obligada á desnudarse todas las no-

ches para el público, á enseñar sus brazos, sus hombros?...

Las pupilas del guarda centellearon:

—No son esos oficios para nuestras mujeres de acá, señorito Enrique; así es que no sé qué contestarle. Solamente recuerdo que una noche en Arlés, entré en un café cantante donde había una de esas señoras del teatro algo parecida á Naïs. Un momento, al hacer la colecta, después de cantar, cuando la ví pasar junto á mi rudo traje, con aquella piel que relucía bajo las luces, me pasó la idea que aquella pudiera ser mi mujer, al mismo tiempo que sentía una gana de llorar y gritar, algo que no sabré decirle... Me vi obligado á salir porque creo que la hubiera estrangulado."

Hubo un instante de silencio,

Danjou pensando en el hermoso impudor de ciertas mujeres de teatro, recordaba el cuarto de Magdalena en los Recreos y veía á la actriz desnudándose

en el entreacto ante cualquier escritor-zuelo, al que llamaba "mi autor", mientras el amante se consumía obligado á sonreír y á pasar alfileres á la modista con manos temblorosas de rabia, de celo y de ganas de pegar.

Felizmente llegaban á la Cabaña, y la instalación, el rústico almuerzo ante un gran fuego claro, de troncos de cepa y tamarisco, arrojaban lejos de allí todas estas infamias. Mientras que Charlón, cachazudo en la mesa como buen labriego, acababa de desmigajar su queso de *cacha* con la punta del cuchillo, Enrique Danjou inspeccionaba aquel singular pabellón de caza, tipo de la casa camarguesa que le iba á servir de sanatorio. La única pieza vasta, alta de techo, sin ventanas, con muros de cañizo seco y amarillento, recibía la luz de la llanura inmensa por una puerta vidriera que cerraban por la noche con grandes maderas. A lo largo de los muros blanqueados

con cal, pendían fusiles, morrales y botas de pantano.

En la alta chimenea de campo, donde se colgaba el *caleil*, la pequeña lámpara de cobre de antigua forma, se mezclaban algunos volúmenes descabalados de la biblioteca neo-provenzal, con pipas viejas y paquetes de tomillo seco. *Mirella* y *Las islas de oro*, de Mistral; *La granada entreabierta*, de Aubanel; *La farandula*, de Anselmo Mathieu, y *Las Margaritas*, de Roumanille. En el centro de la pieza un mástil, un verdadero mástil plantado en el suelo subía hasta el techo en punta, sirviéndole de apoyo, y en el fondo se veían alineadas contra la pared dos grandes camas-cunas cubiertas con una cortina de indiana azul.

Frente á la Cabaña se distinguía la casa del guarda detrás de un macizo de rosales de España. En aquel momento precisamente subía una columna de humo del techo.

—Es Naïs que estará haciéndose algún cocimiento, ¡pecaïre(1)!—suspiró Charlón con la boca llena, en un arranque de compasivo y sencillo egoísmo. Danjou le preguntó: Si está Naïs enferma, ¿quién, pues, nos ha preparado tan linda mesa?

—La pequeña, ¡cáspita!... la que le servirá la cena esta noche.

—¿Qué pequeña?

—Zia, la hermana de Naïs, que ha venido á pasar algún tiempo con nosotros. Es muy vivaracha, muy arreglada, y será muy ama de su casa. Lo malo que tiene es que va á marcharse á casa de los abuelos, para hacer su *buen día*, su primera comunión, como dicen ustedes en el Norte.

Viendo que el Franciot había hecho el inventario de la mansión y se preparaba á salir, se levantó prontamente para seguirle, según las órdenes de su amo, pero Danjou no quiso.

(1) Dicho popular de la Provenza.

—Gracias, muchas gracias, Charlón... Lo que debes hacer es entrar tu caballo, que se aburre desde hace una hora masticando hierba en la puerta. Yo me marcho hasta la noche.

Alrededor de la Cabaña, y hasta perderse de vista, el suelo estaba alfombrado de fina grama salpicada de florecillas de invierno, que no se encuentran más que en Camarga, y de las que algunas como las ensaladillas, cambian de color á cada estación. Después de una hora de marcha sobre este césped aterciopelado y blando, en qué aparecían de trecho en trecho algunos arbustos señalados por el paso del mistral, retorcidos y como inclinados hacia el Sur, en actitud de perpetua huida, el parisién se encontró ante el estanque del Vacarés, dos leguas de agua sin una barca, sin una vela, dos leguas de ondas radiantes y de dulce cabrilleo que atraía bandadas enteras de cercetas, garzas y flamencos de rosadas

alas, algunas veces ibis, verdaderos ibis de Egipto, que estaban como en su país, bajo aquel sol espléndido, y aquel paisaje mudo. Sobre todo, lo que se desprendía para él de aquella soledad era una impresión de paz y seguridad que experimentaba por primera vez desde su partida de París.

¡Ah! ¡Qué alegría olvidar, no pensar en nada, por lo menos no pensar en aquella mujer, no decirse: "Las cinco; el ensayo acaba. ¿Vendrá directamente del teatro ó se detendrá en el Suizo con esos cómicos de la legua?" ¡Qué lejos estaba todo esto en aquel momento; qué amparado se sentía y qué bien defendido por aquel infinito espacio de horizontes azules y cielo abierto!

A medida que el sol bajaba lentamente sobre el agua, el viento se apaciguaba. No se oía más que el ligero ruido producido por el chocar de las olas y la voz de un guarda de caballos llamando

un rebaño disperso al borde del agua: "¡Lucifer!... ¡Estelle!... ¡Esterel!..." Al oír su nombre, cada animal acudía con las crines al viento á comer la avena en manos del gaucho que, habiéndose apeado del caballo y con la chaqueta de fustán al hombro, apoyado en la pesada silla, leía un librito de cubierta rosa. ¡Era tan hermoso el cuadro bajo el sol Poniente, las bestias con las crines flotantes, y el gesto majestuosamente distraído de aquel guarda distribuyendo avena que sacaba de una bolsa de cuero, sin dejar de leer!

Danjou se acercó con curiosidad al hombre y á su libro:

—¡Lo que lee Ud. debe ser muy interesante!

Una cabeza asiria, de grandes y correctos rasgos, con larga barba gris, cubriendo un color de marfil viejo, sembrado de pequeñas arrugas, se irguió y pronunció con ronca voz y tono satisfecho,

ceceando entre dientes blancos y relucientes como almendras:

—Muy interesante, efectivamente, mi querido amigo... Esto se llama... espere usted un momento que lo mire.. esto se llama... ¡*El Anti-glutinante!*—

Eso leía, en aquel grandioso cuadro, con aquella apostura de héroe; una de esas indicaciones que envuelven los frascos de especialidades farmacéuticas... ¡*El Anti-glutinante!* Y para acabar de asombrar al señor de París, añadió:

—Tengo una provisión de estos libracos... Los compré en la venta de una botica de la Tour-Saint Luis. Todo esto forma parte de mi tesoro... el tesoro de Arlatán, famoso en toda la Camarga... Si algún día va Ud. a verme, se le enseñaré. Mi choza está allí en aquel barranco... Buenas tardes, muchacho.

—Buenas tardes, Sr. Arlatán.

La vuelta fué agradabilísima durante el crepúsculo. Al emprender deprisa el

camino de la Cabaña, Danjou oyó todavía durante unos momentos la voz del anti-glutinante que reunía sus caballos para la noche, dejando lugar este ruido á innumerables pisadas que semejaban la lluvia. Eran millares de carneros llamados por los pastores y perseguidos por los perros que se apretaban alrededor de los rediles. Se sentía invadido, rozado y confundido en aquel torbellino de rizada lana, y de balidos, una verdadera marejada que parecía llevar á los pastores en su sombra. Poco después, y algo lejos, pasó con vuelo muy bajo como si quisiera descender á tierra, un largo triángulo de ánades; de pronto, el que iba de guión de la columna alargó el cuello y se remontó con un grito salvaje, seguido de todo su acompañamiento.

La puerta de la Cabaña, invisible hasta entonces, se abrió, recortando en la llanura un gran cuadrado de luz intensa, apareciendo al mismo tiempo la silueta

graciosa y alta de una arlesiana de manta oscura y pequeña toca que se dirigía á casa de los Charlon y que pasó rozando en la obscuridad al Franciot, quien creyó reconocer á su antigua bailarina de Montmajour.

— Buenas noches, Naïs...

Una risa ahogada fué la única respuesta de la joven, desvanecida mágicamente en la cercana sombra.

Dentro del cuarto, la mesa estaba servida para una persona, la lámpara y el fuego estaban encendidos, y mientras una bien oliente sopa de ánguila con hierbas humeaba sobre el mantel entre una medida de sonrosado vino y una corona de pan muy blanco, dos ó tres platillos cubiertos cociendo lentamente ante el rescoldo al lado de platos de recambio de tierra amarilla, decían sin ceremonia: "Ahí está la cena, sírvase Ud." En aquel enorme espacio negro, aquel cubierto, aquella choza desierta é iluminada, era

encantador por lo inesperado y misterioso.

Comió con más apetito todavía que por la mañana, colocó un volumen de Mistral á su lado, en la mesa, pero sin leerle, hinoptizado como estaba por el silencio de la sombra que le rodeaba y los ruidos que por instantes la turbaban. Unas veces eran vuelos de grullas corriendo por encima de la Cabaña con resregones de plumas en el aire vivo, y crugidos de alas estropeadas é hinchadas como velas. Otras, una nota triste que pasaba y rodaba en el fondo del cielo, con ronquido de caracol marino. Y él, con la puerta abierta, trataba de definir qué grito podía ser aquél tan extraño, cuando el guarda apareció precedido por los círculos luminosos y vacilantes de una gran linterna.

— Eso, señorito Enrique, es el *bitor* (1)

(1) Alcarabán: pájaro que vive en los pantanos.

que decimos nosotros... pesca con su gran pico, que hace ese ruido en el agua... rrrroou... Es un buen tiro, y sazonado por Naïs en adobo, no sabe mucho á cieno.

—Tu mujer es una cocinera consumada, Charlón; lo único que me choca es que no conozca á sus antiguos amigos.

—Pero, señor, si no es Naïs la que se ha encontrado usted; es Zía, que está tan grandona como su hermana, aunque no tiene más que quince años.

—¿Quince años Zía? ¿Y no ha hecho aún la primera comunión?

Charlón no contestó; le acababa de apagar la linterna un golpe de viento Sur que se levantó bruscamente. Entraron en la cabaña, y encorvados hacia el fuego, fumaban silenciosamente, cuando el guarda dijo con triste voz:

—¡Ay! No sé lo que tienen en la cabeza estas gatitas... ésta, ya va por tres veces que en el momento de hacer su buen día,

el señor cura la deja para otro año... Y sin embargo, tiene toda la instrucción que necesita. Su catecismo le sabe de memoria, y, además de esto, es una buena muchacha á carta cabal... Hay algo que no comprendo, puesto que nuestro capellán, que es el mejor de los hombres... Naïs y yo no sabemos qué pensar.

Se levantó para echar unas cepas en el fuego que se extinguía, y con el sonrosado color de la llama parecieron serenarse sus ideas. Iban á terminar ya con tan enojosa historia, se acercaba la época de la comunión, y la pequeña, que no se había separado de ellos desde la enfermedad de Naïs, había aprovechado la casa como retiro. Allá arriba, en Montmajour, estaban demasiado cerca de la ciudad, y sus tentaciones, almacenes con espejos y dorados, muestras de encajes, alhajas y nudos de terciopelo, todo lo que emplea el diablo para levantar de cascos

á las muchachas, mientras que en la Camarga...

—¡Oh! En la Camarga es la vida bien sencilla..., interrumpió Danjou riendo. Como tentación del infierno ó espejuelo, no veo más que el tesoro de... ¿cómo se llama?... el tesoro de Arlatán.

—¿Conoce Ud. á Arlatán?, preguntó admirado Charlón; y ante aquella irreverencia del Franciot, que hablaba así de una de las glorias de la comarca, creyó deber contarle la vida y triunfos del guarda, primero como picador ó tentador de bueyes, jefe de una ganadería célebre en todas las fiestas de Provenza, hasta en las arenas de Arlés y de Nimes...

Enfermo á consecuencia del cansancio y de los excesos, Arlatán se hizo guarda de caballos, oficio menos duro y peligroso, y cuidando sus dolores con hierbas y pomadas de su invención, adquirió en toda la Camarga, de Trinquetaille á Faraman, gran celebridad de charlatán curan-

dero, sobre todo para la fiebre y el reuma. ¿Era bien merecida? Charlón no tenía talento suficiente para decirlo...

—Lo que puedo certificar, dijo el marido de Naïs encendiendo el farol para la vuelta, es que en la caza de ánades del año pasado, cogí las calenturas en Chartrouse, y él me curó en dos sesiones y con un bote de su bálsamo verde.

—Entonces ¿por qué no le mandas á tu mujer?

Naïs no consiente en ello á ningún precio: aborrece á ese hombre como á las salamandras y murciélagos. Sin embargo, no tiene nada de desagradable... y en su juventud ha sido un muchacho soberbio... Me acuerdo que de pequeño, cuando iba á orillas del mar á ver las justas de los hombres que perseguían á las perdices corriendo, entre los diez mochetones alineados, completamente desnudos y con una correa á la cintura, á él era al que las mujeres miraban... Y

cuando salía á poner el hierro á los toros, nadie miraba más que al hermoso moreno, como le llamaban... hasta las señoras de la ciudad, que le perseguían... Naïs, no sólo no consiente en ir á verle, sino que cuando él viene á casa, se esconde, y hasta ha prohibido á Zia que se acerque á su choza. Y ahora yo creo, señorito Enrique, que se debe uno marchar á la cama. Oiga Ud. cómo sopla el viento Sur; parece una tempestad; dentro de una hora oirá bramar á la vaca de Faramán.

—¿Qué vaca es ésa, Charlón?

—Es el mar, señorito Enrique. Cuando el viento da frente á nosotros en los arenales de Faramán, lanza un bramido tan fuerte, que en nuestro país de ganadería le hemos puesto ese mote.

Y efectivamente, en toda la noche paró la vaca de Faramán. Los rosales gritaban, la cabaña crugía por todos lados; con el lejano mar y el viento que le

acercaba, venía un ruido más ensordecedor, de modo que Danjou, incapaz de dormir, podía creerse en la cámara de un barco. Desgraciadamente, Magdalena se encontraba á su lado. Hasta por la mañana, con los ojos abiertos y fijos en la sombra, revivió hora tras hora la innoble novela de su ruptura. La Ogé en escena todavía; él, cehado en el diván del cuarto, esperaba á su querida frente á un gran espejo de *toilette*, en el que de pronto vió aparecer á Armando, el guapo barítono, vecino de cuarto de la cantante, entrar á medio vestir, chorreando *cold-cream*, y correr al manguito de nutria colgado en la percha para recoger la carta que le esperaba todas las noches. "Mi querido Armando: creí que cenaría en casa de sus padres..."

Aquella carta, arrancada de unos grandes y pringosos dedos cargados de sortijas, Danjou la sabía de memoria y la recitaba cruelmente, revolviéndose en su

catre de guarda-bueyes. Después de haber tenido el valor de partir sin ver á la muchacha, sin dejarle cuatro letras, se preguntaba lleno de espanto si le martirizaría todas las noches como en aquel momento con su graciosa sonrisa impúdica y voluptuosa, inclinándose hacia la cama, y con aquella voz expresiva y dolorosa que oía rondar alrededor de la casa, gemir bajo la desvencijada puerta, llamando, solicitando perdón, allá abajo, en los arenales de Faraman.

### CAPITULO III

El gran soplo salado del mar y la espléndida luz del exterior le sacaron bruscamente de uno de esos sueños pesados, de uno de esos abismos en que se cae por la mañana, después de una noche de insomnio. ¡Oh, qué hermoso despertar!... ¡Qué poco se parecía lo que tenía delante al cuarto de Magdalena, á los bastidores de los Recreos!... De pie, á corta distancia de la puerta abierta, se veía una muchacha alta y rubia, cubierta con un amplio fichú de muselina y la alta toca de Arlés, la *punta* (1) que hace la cabeza ele-

(1) Parte del cabello que sobresale de la negra cinta que llevan las arlesianas para sujetarse el pelo.

catre de guarda-bueyes. Después de haber tenido el valor de partir sin ver á la muchacha, sin dejarle cuatro letras, se preguntaba lleno de espanto si le martirizaría todas las noches como en aquel momento con su graciosa sonrisa impúdica y voluptuosa, inclinándose hacia la cama, y con aquella voz expresiva y dolorosa que oía rondar alrededor de la casa, gemir bajo la desvencijada puerta, llamando, solicitando perdón, allá abajo, en los arenales de Faraman.

### CAPITULO III

El gran soplo salado del mar y la espléndida luz del exterior le sacaron bruscamente de uno de esos sueños pesados, de uno de esos abismos en que se cae por la mañana, después de una noche de insomnio. ¡Oh, qué hermoso despertar!... ¡Qué poco se parecía lo que tenía delante al cuarto de Magdalena, á los bastidores de los Recreos!... De pie, á corta distancia de la puerta abierta, se veía una muchacha alta y rubia, cubierta con un amplio fichú de muselina y la alta toca de Arlés, la *punta* (1) que hace la cabeza ele-

(1) Parte del cabello que sobresale de la negra cinta que llevan las arlesianas para sujetarse el pelo.

gante y pequeña, inclinando un perfil de camafeo, en el que algunas líneas quedaban indecisas, sobre un libro que tenía en las manos y que leía ávidamente con infantil movimiento de labios.

“¡Con tal que no sea el *antiglutinante!*”, pensó al punto el Franciot, acordándose de la decepción de la víspera; pero desde su cama, por entre la cortina azul, reconoció el título de *La granada entreabierta*, de Aubanel, el inmortal libro de pasión y desesperación, ese canto de tórtola herida, con el que el viejo Tim había mecido su juventud. Y á cada estrofa un grito atravesaba su memoria.

... *Espejo, espejo, muéstramela; tú que la has visto tan á menudo...*

*¿Qué quieres, corazón? ¿Qué necesidad te devora? ¡Ah! ¿Qué tienes para llorar eternamente como un niño?...*

De vez en cuando creía ver temblar las morenas manitas de Zia (porque casi con certeza era Zia), y en la palidez de

sus mejillas correr una llama sonrosada. ¡Lectura singular en víspera de primera comunión! Las estrofas de Aubanel son púdicas, pero abrasan...

*¡Ah! Si mi corazón tuviera alas, volarla ardoroso á tu cuello y á tus hombros...*

Y al propio tiempo que las rimas del poeta Danjou, recordaba la conversación de la víspera con Charlón, las zozobras del guarda y su mujer á propósito de aquel “buen día” tan cruelmente retardado. ¡Pobre Zia, sí, una vez más!...

Como si hubiera pensado en alta voz, la mozueta levantó su linda cabecita aleonada, miró hacia afuera, hacia adentro, colocó el libro en el rincón de la chimenea de donde lo cogiera, y cerrando con extraordinaria vivacidad la puerta, desapareció con la misma gracia atolondrada de una cabrita que se asusta al ser sorprendida bebiendo en el bosque.

Esta aparición deliciosa le acompañó

aquella mañana que estuvo sin salir, esperando siempre volverla a ver, y hasta medio día leyendo los amorosos versos de *Mirella* y de *La Granada*, ante un ramo de plantas acuáticas, trébol, gen-ciana y centáurea, puesto por Zia en el centro de la mesa en una copa de asperón verde.

Como fuera la hora de la comida y no se advirtiera movimiento alguno en casa de los Charlón, más que un penacho de humo amarillento subiendo hacia el sol, Enrique Danjou se dirigió a casa del guarda, cuya masía, abrigada por un bosquecillo de cañas apretadas y ruidosas como bananeros, con las tapias recién blanqueadas, el techo de rojizas tejas y su emparrado en bóveda a la puerta, hacía del borde mismo de un estanque de agua viva lleno hasta desbordarse, un rincón deslumbrante de blanca luz movediza. Al oír acercarse pisadas extrañas, espantosos ladridos conmovieron la puer-

tecilla baja de la perrera, mientras que una mujer, arrodillada al borde del estanque, desnudos los brazos y dispuesta a limpiar una ánguila en medio de un gran charco de sangre, gritaba al perro con voz límpida y joven: "¡Chut! *Niraclo... tuísote...*" sin levantar ni volver la cabeza. Danjou creyó reconocer su visión de por la mañana, aquel puñado de rojiza cabellera escapado de la pequeña *punta*, la blancura del cutis, el delicado brazo.

—¿La han dejado a Ud. sola con Milagro, pequeña Zia?, preguntó acercándose al borde mismo del estanque.

—No soy Zia, señorito Enrique... Mi hermana partió esta mañana.

—¿Si es Naís!... ¿Está Ud. mejor entonces?

—Algo mejor: gracias...

Hablaba un provenzal purísimo, con esa entonación mimosa y felina, esa gracia amanerada que le dan las muchachas de Arlés, afectando tener la frente baja

y absorta en su trabajo. Desde el alba habían sabido que el encargado de la masía de Giraud tenía que ir á Arlés por el barco, y como había que mandar á la muchacha al pueblo por acercarse su "buen día", Charlón había ido en seguida á llevarla á M. Anduze, criador de abejas y hombre respetable, para poder acompañar á una muchacha de su edad.

—¡Ay, señorito Enrique!... suspiró la campesina con el corazón lleno de penas y deseo de decirlas; pero obstinándose siempre en no mirar á su antiguo bailarín. Se oyó un lejano estampido como si hubiera sido á flor de tierra, al mismo tiempo que Naïs gritó alegremente:

—¡Ya está aquí Charlón!... Viene por el canal para pescar algo en el camino (1). Voy á calar la sopa...

(1) Pescar con *Galejón* que es la trase utilizada en el texto francés, es pescar con un aparato de mimbre que afecta la forma de una botella, en la que una vez dentro el pescado le es difícil salir de por sí.

Se tapó la cara con la pañoleta, de un salto estuvo en pie, y con menudo paso se dirigió por delante del Franciot hacia la cocina con el cesto lleno de pescado. En aquel momento aparecía el guarda erguido en su *naye-chien*, (1) barquichuelo estrecho que conducía ayudándose de una larga pértiga, y que llevado del canal al estanque, vino á estacionar ante la casa.

—Perdóneme y dispense, señorito Enrique... Mi mujer ¿le ha dicho... verdad?...

Charlón amarraba el barco á un poste, desembarcaba la caza y la pesca, un sollo y dos chorlitos: limpiaba el muelle de sangre y los despojos de la anguila, al mismo tiempo que daba á Naïs noticias de la pequeña, que se había marchado con M. Anduze en el *Ciudad de Lyon*, capitán Bonnardel. A la vuelta se había re-

(1) Es un barco muy estrecho de 2 metros á 2,50 de largo tripulado por un sólo hombre y manejado con una pértiga que se apoya en el lecho del río donde navega.

trasado, por encontrarse á dos guardas de la ganadería *d'Eyssette*, que, enfermos de fiebre, iban á cuidarse á casa de Arlatán.

—Cuando pasaba yo con el barchuco, acababa de darles el acceso á los dos al mismo tiempo, y estaban al borde del canal parados los caballos y ellos encima, derechos en las sillas y tiritando uno al lado del otro, apoyados en los largos tridentes fijos en tierra; temblaban de tal manera, cla, cla, cla, que hasta movían á las bestias. Afortunadamente, llevaba el frasco lleno de rom, y eso les permitió emprender el camino... El tesoro de Arlatán se encargará del resto.

La voz de Naïs gruñó desde el fondo de la cocina:

—Arлатán, charlatán. ¡Oh, qué mal hombre!...

—Pero si los cura á todos, contestó Charlón con tono de antigua disputa de matrimonio, y tomando á Danjón por testigo:

—Vamos á ver, señorito Enrique, ¿no le parece á Ud. que en lugar de esas malas razones debía ir á curarse?...

—Calla, Charlón. Mil veces te lo he dicho; prefiero este sufrimiento, prefiero morirme á ir á casa de ese malandrín, ó que venga á la mía... Su mirada me hace estremecer, sus ojos me dan miedo me hieren como los de una serpiente. Y ahora, basta de palabras, querido, y ve á llevar la comida al señorito Enrique.

—Ya que estoy aquí, Naïs, comeré con ustedes.

—¡Ay, no, no..., por Dios!

Este grito de angustia de la campesina fué tan sincero, que Danjón no insistió y fué á comer solo en la Cabaña, intrigado por la obstinación de Naïs en ocultarsele, y, sobre todo, fastidiado por no haber visto antes de su marcha la cara delicada de Zia, dorada y pálida bajo su pañuelo de piqué blanco.

Por la tarde salió de caza con Char-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29907

lón por las charcas, y la novedad de esta caza, tan pronto á pie metidos en enormes polainas hechas de pieles enteras y andando despacio, prudentemente, con cuidado de no hundirse, apartando rosales, con olores salobres y saltos de ranas, tan pronto en el *naye-chien*, estrecho, sin quilla, que se balanceaba á cada movimiento, entretenido con la penosa maniobra de la pértiga, levantando ó bajando las compuertas y distrayendo su pena con este agradable cansancio. Hasta la noche le dejó casi tranquilo el recuerdo de Magdalena Ogé. En el momento de encender la linterna para retirarse, Charlón le dijo timidamente y con temblores en su espeso bigote:

—No la quiera Ud. mal, señorito Enrique; ya sé por qué Naïs se esconde á su vista y se obstina en no dejarse ver de Ud.... Dice que está ahora feísima y no quisiera destruir la idea que usted conserva de ella. ¡Nuestras mujeres

de tierra de Arlés son tan coquetas con su cara!

—Es verdad, y la tuya la tenía bien bonita hace cinco ó seis años.

—Ya lo creo que sí... era muy guapa... dijo el bueno de Charlón entornando sus amarillentos ojos. Pero en el fondo se notaba que hablaba sin pena de aquella perdida belleza. Sus celos habían sufrido por ella demasiado.

Durante la semana, Danjou vivió unos días animales y violentos que destrozaban sus músculos, calmaban sus nervios y le proporcionaban noches de un sueño opaco, en el que no pudo introducirse ni una sola vez el recuerdo de su querida. Se reía sólo al pensar en el viejo Tim y sus predicciones. El desierto le sentaba bien hasta ahora.

Una noche que le había dado cita el guarda en el estanque grande de Chartrouse para el acecho de las seis, el Franciot, llegado antes, se había instalado en

pleno estanque en un islote de tamariscos, un trozo de tierra seca lo preciso para que cupieran él y su perro, un enorme moloso de los Pirineos, de largo y rojizo vellón. La noche llegó casi en seguida fría y silenciosa, una vez que desapareció el viento y el sol. Quedaba en el estanque algo de luz que iluminó un momento el cielo, y por fin desapareció, se hundió, dejando entrever apenas una mata de hierba, una gallina de agua volando á nivel del pantano.

—¿Eres tú, Charlón?, dijo el cazador al oír moverse el agua con paso pesado, que se paró á esta interpelación, pero sin que contestara nadie. Volvió á llamar, creyó distinguir una sombra encima del agua, y ante la creciente obscuridad acabó por volver á la Cabaña preguntándose qué le habría podido ocurrir al guarda.

Como de costumbre, encontró el fuego encendido, y la mesa servida, cenó solo y fumaba su pipa al lado de la lumbre cuando de pronto se abrió la puerta:

—Cómo, ¿es Ud., Zia?... ¿Ya está Ud. de vuelta?...

Pálida y emocionada, permanecía en pie, apoyando la cabeza contra la chimenea.

—Mi hermana está mala... Charlón ha marchado en busca del médico de las Santas Marías.

Su voz temblaba con pesadez de lágrimas... trató por de pronto de consolarla... Era necesario ver, esperar. Pudiera ser que no fuera muy grave.

—Sí, está muy mala... y por culpa mía... Porque esta vez tampoco me han dejado hacer mi "buen día"... Cuando me vió entrar esta mañana con la carta del señor cura, Nais cayó como muerta.

Y ella misma, como anonadada por la confesión de su vergüenza, dejó caer sus brazos y su esbelto cuerpo y se sentó sollozante y con la cabeza entre las manos en la caldeada piedra del hogar.

—Dios de mi alma y de mi vida...

¿por qué me sucederá esto?... decía con infantil entonación y desesperado acento. Todo el país la señalaría con el dedo como á una morcona, como á un barco del Puente del Gard. Sin haber hecho nunca daño á nadie, sin haber dado malas contestaciones... ¡Lo juro por la Santa Imagen!... Y abriéndose la pañoleta con un ademán violento, la muchacha sacó un escapulario de paño azul, pálido y descolorido que besó con frenesí. Luego se levantó con aire extraviado, agrandados los ojos, aquellos ojos tan hermosos que verdeaban á través del llanto.

—No; yo nunca he hecho daño á nadie. Sólo que tengo una desgracia... Veo unas cosas... ¡ay! qué cosas... horribles... Me da eso en cuanto cierro los ojos, y aun cuando los tengo abiertos... cosas prohibidas que me persiguen, que me abrasan... Por eso no quiere el cura que comulgue.

—Pobre muchacha... murmuró Danjou emocionado al encontrar en el de-

sierto aquel alma destrozada, vecina á la suya.

—Ya puede Ud. decirlo. ¡Pobre muchacha!... Lo que yo sufro hace dos años... Lo que yo he hecho para arrancar esos horrores de mi vista... Ahora, se acabó. lo comprendo, no debo esperar ya nada... mis ojos no tendrán reposo más que en el fondo del Vacarés. Se calló para oír los gritos y voces que venían de la masía.

—¿Quiere Ud. volver con su hermana? la preguntó Danjou dulcemente. La muchacha no quería. Temía llegar antes que el médico y encontrar á su hermana como muerta... Además, había venido la abuela de Montmajour; Naís tenía gente á su alrededor.

Hablaba distraidamente, arisca y atenta á los clamores lejanos. No oyendo ya nada, se volvió á sentar bajo el *calcil*, al lado del fuego, el sitio de los niños y los viejos en nuestras cocinas provenzales, y desde allá, avergonzada y tem-

blorosa, contestaba cándidamente al Franciot, que la interrogaba con dulzura, con ternura, como un médico y como un padre... No, no inventaba aquellas fealdades que veía, no las encontraba en su imaginación, se las habían enseñado un día, hacía mucho tiempo, en un libro de iluminadas estampas...

—Pero, Zia, las imágenes se borran con los años... Puesto que hace mucho que no las has visto, ¿cómo puede ser?...

—Ahí está el pecado, por eso estoy maldita... Y con furioso ímpetu que erguía su cabecita, las largas trenzas de oro escapadas de su *punta* venían a mezclarse en su cuello con las negras cintas del escapulario; dijo: "Si, con los años las cosas se borran, pero al borrarse demasiado, las necesito, tienen mis ojos como sed de verlas, quieren beber y entonces... entonces..." Se interrumpió violentamente, "¡Dios mío, que cosas me haces decir!... Me he vuelto loca al ver

á Naïs en ese estado? Porque al fin y al cabo, yo no le conozco á Ud... y si no le conozco ¿por qué le descubro de esa manera toda mi vergüenza, yo que nunca he hablado con nadie, ni aun con Charlón que me quiere tanto?..."

Se inclinó hacia ella fijando sus ojos en los de la muchacha, que trataba de huir de los suyos.

—Oye, Zia: si me cuentas tus penas sin conocerme, con esa confianza, es porque puede ocurrir que tenga ese mismo mal, una horrible imagen en el fondo de mi corazón, en el fondo de mis ojos, yo también, y de la que trato de librarme por todos los medios. Por eso he venido á la Camarga, al desierto... para distraerme, para olvidar. Y desde que estoy aquí, ¿sabes lo que mejor me ha probado? Mira allí arriba, en la chimenea... son vuestros poetas de Provenza, los felibres como se llaman. La otra mañana te veía hojear uno ante mi puerta... ¿Por qué te

pones colorada? Las historias que esos felibres nos cuentan son siempre muy hermosas y muy puras. ¿Has leído *Mirella*?

—No, señorito Enrique. Naís hace tiempo me lo prohibió; sin embargo, una noche que estaba en la cabaña... que Charlón había ido á la espera con los señores, encontré ese libro que Ud. dice... Yo no le sabré decir á Ud., pero hubo un momento en que me pareció tan hermoso lo que leía... se me turbó la vista, y vi temblar una estrella.

Al decir esto, calló conmovida. Danjou estuvo también un rato sin hablar, y con gravedad, al cabo de un momento, la dijo:

—Esa estrella que viste un día en *Mirella* está en todos los poetas verdaderos. Hace falta leerlos á menudo, muchachá... Te llenarán los ojos de rayos de luz que no dejarán sitio á...

Un ruido de estribos y voces duras, golpes que amenazaban echar la puerta

abajo, cubrió el fin de su frase, y á través de los vidrios se dejaron ver siluetas de caballeros.

—¿Qué quieren ustedes?, les gritó Danjou, creyendo sería alguna aventura de gendarmes y cazadores furtivos.

Una voz le respondió antes que hubiera abierto: "Tenga Ud. cuidado, que se ha escapado el Romano."

Este Romano, terror de la Camarga, célebre en todas las arenas del Mediodía, era un torete negro, malo y rechoncho que iba con la ganadería de Sabran á pastar á la parte del faro y que se había escapado por la mañana, picado por alguna mala mosca. Precisamente había una *ferrada* (1) anunciada para el primer domingo, y multitud de pistolas apostadas por aquel monstruo de Romano, inscrito á la cabeza de la lista: así es que los

(1) Es la operación de marcar los toros con las iniciales del ganadero.

cinco ó seis guardas de la ganadería, montados desde el alba, recorrían los pantanos cuidadosamente, yendo de masía en masía tanto para tomar noticias como para avisar á la gente.

Solo, á pie entre los caballos, calzado hasta el muslo, con el tridente á la espalda, había un hombre envuelto en una capa agitando una antorcha de resina, y diciendo con voz de mando: "Os repito que en la espera de las seis estaba en medio del Estanque grande."

—¿Habla Ud. de mí, Sr. Arlatán?, preguntó el Franciot, saliendo á la puerta, pues en la estatura y en el tono había reconocido al guarda de las riberas del Vacarés...—Esta noche efectivamente estaba de espera á esa hora.

—Camarada, hablaba del Romano, y de Ud. también, si quiere... porque no estaba Ud. á cuatro palmos del animal.

—¡Diantre! dijo Danjou riendo, me podía Ud. haber advertido. Es verdad,

ahora me acuerdo que á algunos pasos de mí, aquella forma, oscura é inmóvil...

—¿Esa rubia que hay ahí le debe á Ud. agradar más como compañía, eh? dijo el guarda avanzando su hermosa barba asiria por la entreabierta puerta. Acababa de apercibir á Zia pálida, bajo la lámpara, con la pañoleta entreabierta, y desordenado el oro de su cabellera, y la dijo con tono de agría fanfarronada: "¿Ya ha vuelto Ud. entre nosotros, querida señorita? Ya sabe Ud. que si quiere ir á su casa y tiene miedo del Romano, cualquiera de éstos puede llevarla colcada en su silla, ó yo bajo mi hermosa capa."

Zia, ajustando su escapulario y su toca, respondió con movimientos precipitados que no necesitaba á nadie.

—Está bien... está bien... otra vez será... la sonrió con aire protector y haciendo un saludo exagerado: Hasta que tenga el gusto de volver á verle, señor Franciot, si un día pesca Ud. una calen-

tura maligna, ó si gusta visitar el tesoro, sabe que estoy á su disposición.

Y seguido de los caballeros de largos tridentes, se alejó con la antorcha levantada, iluminándolo todo con claridad rembranesca.

Sólo con la muchacha, Danjou se encontró molesto; ella también parecía privada de todo abandono, de toda confianza. La sonrisa de aquel palurdo era sin duda la causa.

—Me pasa lo que á Naís, dijo Enrique; no me gusta el Sr. Arlatán. Y ante el semblante distraído y oscuro de Zia, á quien creía únicamente ocupada del Romano y del temor de volverse sola, insistió para acompañarla hasta su puerta.

Hacia una noche de calma, tibia; una de esas noches límpidas de luna, en las que la menor mata de hierba tiene su sombra, en las que el caminante solitario experimenta á veces, al sentirse duplica-

do, un estremecimiento, una molestia nerviosa, como si alguien anduviese á su lado ó detrás. Sin hablarse, uno junto á otro desde hacía un rato, iban los dos inundados de luz azul y polvorienta, mirando la lejana antorcha de Arlatán, que paseaba por el horizonte su llamarada roja entre los sonidos del *biou* (concha marina) y los gritos de los boyeros: "¡té... té... trrr... trrr!..."

Danjou preguntó:

—¿Tienes miedo, muchacha?

—¿Miedo del Romano? Cá, no señor, dijo la camarguesa, aguerrida en las corridas y *ferradas*.

—Entonces, ve despacio y oye:

Y acortando el paso, vibrante la voz, empezó á recitar en provenzal uno de los cantos más puros del poema de *La Granada*:

"—*De la man d'eila de la mar,—dins mis ouro de pantaiage,—Souventi fes ieu fai un viage...*" A orillas del mar la-

tino, en ese cielo ligero y bondadoso para ellas, las rimas sonaban, subían como flechas de oro.

— ¡Qué hermoso es, Dios mío!, murmuró la muchacha extasiada.

Llegaban á la masía de Charlon, en la que se oían alegres voces animadas. Ante la casa estaba espléndido; toda la laguna iluminada, el estanque y los canales llenos de estrellas, atravesados de parte á parte por la luna.

— Buenas noches, Zia, le dijo Enrique muy bajo á la muchacha, cuya frente se erguía radiante, misteriosa y blanca como una hostia... Cuando vuelvas á la cabaña leeremos juntos los poetas; ya verás cómo los poetas nos salvan.

#### CAPÍTULO IV

Un hermoso domingo de Febrero en que debía tener lugar una corrida y *ferrada* en las Santas Marías del Mar, estaba Charlon bien temprano á la puerta de su casa dando de beber sendos vasos de carthagena (1) á dos guardas de bueyes bigotudos con la cara quemada por el sol, faja á la cintura y encajados los pies en inmensos estribos; tensan atrahillada una yegua blanca y fina que excitaba á sus caballos. Precisamente Danjou aquella mañana volvía del aeecho de chorlitos y

(1) Vino cocido muy dulce, parecido al moscatel.

tino, en ese cielo ligero y bondadoso para ellas, las rimas sonaban, subían como flechas de oro.

— ¡Qué hermoso es, Dios mío!, murmuró la muchacha extasiada.

Llegaban a la masía de Charlon, en la que se oían alegres voces animadas. Ante la casa estaba espléndido; toda la laguna iluminada, el estanque y los canales llenos de estrellas, atravesados de parte a parte por la luna.

— Buenas noches, Zia, le dijo Enrique muy bajo a la muchacha, cuya frente se erguía radiante, misteriosa y blanca como una hostia... Cuando vuelvas a la cabaña leeremos juntos los poetas; ya verás cómo los poetas nos salvan.

#### CAPÍTULO IV

Un hermoso domingo de Febrero en que debía tener lugar una corrida y *ferrada* en las Santas Marías del Mar, estaba Charlon bien temprano a la puerta de su casa dando de beber sendos vasos de carthagena (1) a dos guardas de bueyes bigotudos con la cara quemada por el sol, faja a la cintura y encajados los pies en inmensos estribos; tensan atrahillada una yegua blanca y fina que excitaba a sus caballos. Precisamente Danjou aquella mañana volvía del aeecho de chorlitos y

(1) Vino cocido muy dulce, parecido al moscatel.

venía, como de costumbre, á dejar la caza al paso en la mesa de cocina de la masía.

El guarda corrió á su encuentro.

—¿Eh, señorito Enrique; adivine usted para quién es esta potranca con tanta gualdrapa de seda y oro... No se la doy á usted por ciento ni por mil...

—Calla, gran necio... le dijo Naïs apareciendo bajo una capa de terciopelo bordado, que databa de su boda, y un corpiño azul rey, que hacía más amarilla todavía su cara alargada por la fiebre, con rasgos pronunciados y ojos ribeteados demasiado grandes. Por fin se dejaba ver la hermosa Naïs; pero no parecía muy orgullosa por ello, y sobre la alta silla sarracena, en la que ondulaba su delgado talle entre los caracoleos de la yegua, daba lástima oírla decir, volviéndose vergonzosa:

—Por Dios, no me mire usted; no soy la misma... Me avergüenzo de ser tan fea.

—¡Oh, Provenza! ¡Oh, tierra del amor! ¿Dónde están tus campesinas, las hijas de granja, que devora como á las tuyas la pena de perdér su hermosura?

Charlon protestaba, ponía á los guardas por testigos de la gracia de su mujer, de la habilidad con que se mantenía en la silla y galopaba alrededor del redondel señalando con el enrojecido hierro á los toros de una ganadería.

—Hace Ud. mal en no venir á ver éso, señor parisién, porque vale la pena... ¡Zou, vamos! Les llevo á los dos, á Zia y á Ud., en el carricoche.

—Gracias, por mi parte, hermano, dijo la muchacha, ocupada en colocar en la cocina el frasco de carthagena y los vasos de los bebedores... Gracias; me quedo con Mamette en casa.

—Pero cómo, ¿no vienes á la ferrada?

Naïs, desde lo alto de la silla, replicó con dureza:

—Déjala, puesto que es su gusto.

Desde el día en que Zia volvió sin celebrar su "buen día", las dos hermanas cambiaban entre sí continuamente palabras duras y miradas frías. Charlon, á quien molestaba el enfado de las mujeres, se apresuró á hacer notar que si tampoco el señorito Enrique iba á la ferrada, la pequeña le haría en su ausencia un frito de pescado, que se chuparía los dedos. Le hacía casi tan bien como su hermana Naïs.

A lo que la hermana Naïs espoleó á su montura llena de cólera.

—Buenos días todos, dijo ya lejos. Y detrás de las cintas flotantes de su toca los potros Camargueses galopaban, la crin al viento y barriendo con sus largas colas la fina hierba.

Hacia el centro del día, Danjou, tendido en el césped al borde del Vacarés, se preguntaba con inquietud al oír estrellarse á su alrededor las pequeñas olas de aquel mar interior:

—¿Qué tengo? ¿De qué proviene este aburrimiento, este encogimiento de corazón? Diez días que París me deja tranquilo. No pienso en nada, nada echo de menos. Unas semanas más de este completo *Nirvana* y podré creer en mi curación... Entonces ¿por qué tengo esta tristeza hoy?... ¿Porque había pensado pasar la tarde con Zia leyendo versos ante la cabaña, y la muchacha no ha querido, pretextando un fuerte dolor de cabeza que la obligaba á estar en la masía?

Después de todo, puede que sea verdad; la palidez, la expresión dolorosa de su mirada al dejarme... á menos que la pobre no haya vuelto con su enfermedad...

De este modo se cruzaban en su espíritu mil contradictorias ideas, mientras á sus pies se rompían las olas del lago en la ribera algo alta y cubierta de un verde aterciopelado, con una flora original y fina, oyendo los cencerros de un rebaño

de caballos salvajes acercarse ó alejarse, dispersos y perdidos en la ráfaga. De pronto, al levantar la cabeza por entre un macizo de azuladas ensaladillas, percibió á Arlatán, el guarda, cuya blusa hinchaba el viento, andando á largos pasos hacia su choza; cuando llegó á la puerta, trepó á lo alto del *guin chadou*, especie de primitiva escala, de rústico observatorio muy elevado y que sirve para vigilar el rebaño.

Apenas bajó, una mujer cubierta hasta los ojos con una manta color hoja seca, daba la vuelta al chozo, en el que entró bruscamente en seguida que el guarda. Aunque pasó rápidamente y muy tapada, en no sé qué gracia de movimientos y de juventud, Danjou creyó reconocerla. ¿Zia... en casa de aquel viejo loco? Nunca, imposible... ¿Qué iría á hacer allí?... Sin embargo, ¿quién sabe?...

Recordó el estremecimiento de la joven bajo la cínica mirada de Arlatán la

noche en que el guarda los sorprendió al amor de la lumbre, y la sospecha que tuvo un momento de una posible aventura entre Zia y aquella antigua belleza de la llanura. Para saber la verdad no había más que andar doscientos ó trescientos pasos entre las siembras, y presentarse de pronto...

A los primeros golpes dados en la puerta, nadie contestó. Volvió á llamar, y esta vez vino á abrir el guarda con la cabeza descubierta y calzado con grandes botas de fustán verde. Erguido y sonriéndose con orgullo y sin la menor sorpresa por el visitante que llegaba, le dijo:

—Entre usted, querido amigo... Mientras se dulcificaba su ronca voz, en la brillante ranura de sus ojos se leía bien claro: "Puede Ud. inspeccionarlo todo, revolverlo todo. Lo que Ud. busca no está aquí."

—¿No ha ido Ud. á la *ferrada*, señor Arlatán? preguntaba el parisién algo des-

pistado al encontrarse solo con él en la única habitación que su mirada había inventariado en un momento. El guarda se encogió de hombros.

—¡Ah! vaí las *ferradas*... demasiadas he visto. Empujó con la bota una maleta claveteada de grandes clavos de cobre que había en el centro de la pieza entre dos escabeles, cogió uno de esos rústicos asientos tallados del tronco de un sauce y presentó el otro á Danjou con un gesto grave, enfático, al cual parecía haberse acostumbrado en el vasto decorado camargués.

—Todo lo que ve Ud., dijo con orgullo, desde el techo á los muros de la casa, lo he hecho yo. Este escabel de madera en que está Ud. sentado, esa cama de trezado mimbre allá en el rincón; estas antorchas de resina virgen, ese hogar construido con tres piedras negras, hasta el mortero donde machaco mis plantas medicinales, hasta la cerradura de la

puerta y su llave de la misma madera blanca, todo es obra mía.

Siguió la mirada de Danjou en dirección á la maleta.

—Esto, por ejemplo, no es fabricación mía... es lo que yo llamo mi tesoro. Pero con el permiso de Ud., de eso hablaremos otro día; hoy no estoy de humor... ¡Ah! querido amigo, habla Ud. de *ferradas*... en esa maleta tengo medallas y certificados de alcaldías y moñas arrancadas á los más renombrados toros. La última, la gané en las arenas de Arlés, hace precisamente diez años el domingo que viene; la cogí entre los cuernos de un toro español, un colorado rabioso que había destripado centenares de cristianos. ¡Ah! ¡qué bicho! Le hice ver los regates que quiso y como quiso, á la landesa y á la provenzal, consintiéndole y apartándome le salté con la garrocha á lo largo y á lo ancho, luego le atrapé por los cuernos y con un golpe de costado, ¡zón! las cuatro

herraduras á lo alto en medio del redondel. Se llamaba Musulmán.

Mientras hablaba, el guarda se había levantado y acompañaba su historia con mimica teatral. Danjou, siempre sentado y pensando en su requisa, se ingeniaba para prorrogar la entrevista.

—Es raro, Sr. Arlatán; todos los conductores de ganaderías que veo llevan en la frente ó en las mejillas alguna señal de cornadas. ¿Usted no tiene nada?

Arlatán se irguió:—Nada en la cara, joven. Pero si viera Ud. el cuerpo... Tengo aquí en el lado derecho, un recuerdo de Musulmán, un chirlo de palmo de ancho... Precisamente una de vuestras parisienses me lo remendó... la misma noche, añadió guiñando sus picarescos ojillos.

Danjou se estremeció.

—¿Una parisiense?

—Y guapa... y célebre... lo que no la impidió pasar dos días conmigo por los sembrados...

El amante de Magdalena Ogé tuvo deseos de preguntar: ¿Era cantante por casualidad? Pero la vergüenza le contuvo.

El otro prosiguió con aire distraído:

—El retrato está ahí, en el tesoro, una mujer soberbia, desnuda hasta la cintura. Si da Ud. media pistola se le enseñaré un día de estos, con muchos más; pero ahora le ruego me perdone, tengo que preparar un bálsamo verde... Porque ya sabrá Ud. que me ocupo de medicina ilegal, como dice el Dr. Escambar de las Santas Marías de la Mar... Hasta pronto, querido camarada. Y cerró la puerta en cuanto salió, con maliciosa sonrisa.

Fuera, declinaba el día. El mistral le saludaba con alegre serenata que enloquecía toda la campiña, haciendo flotar colas y crines, relinchando los garañones y haciendo sonar las encerrras en aquella inmensa llanura sin obstáculo, que su potente soplo parecía aplanar ensanchándola. Hasta el confín del horizonte, el Va-

earés resplandecía, se veían en él grandes garzas recortadas sobre el cielo verdoso como débiles jeroglíficos; flamencos de blancas pechugas y sonrosadas alas alineados para pescar en la ribera disponían sus diversos matices en una larga banda simétrica. Pero toda esta magia de la hora y del paisaje se perdía para el desgraciado joven que entraba en su casa sin pensar más que una cosa, sin ver más que una cosa, el retrato de su querida en la maleta de aquel boyero, porque ni un momento dudaba que fuera el de Magdalena.

Ciertamente no son raras las parisienses capaces de exaltarse por un falso matador; pero la coincidencia de la estancia de la cantante precisamente en aquella época, aquel capricho brutal y cínico entraba en las costumbres de la muchacha... hasta aquella vaga tristeza de que buscaba la causa hacía poco... ¡No! La duda le parecía imposible. Una vez más que le

diría llorando, apoyada en sus hombros: "¡Era antes de conocerte, Enrique mío!" El hermoso Armando también había sido antes de conocerle. ¡Antes, mientras y aun después! ¡Ah, infame!... Y él que se creía curado de aquella pasión arraigada, y libre ya de sus insanas fiebres... ¡Qué necesidad tenía de entrar en casa de aquel hurón! Ya que había hecho tanto, ¿por qué no ir hasta el final, tener una prueba, el nombre de la mujer, su retrato? ¡Qué imbécil orgullo le había contenido! Comprendía perfectamente que acabaría por eso, porque no podría vivir en aquella opresora incertidumbre.

Conocía esos accesos de baja envidia, comezones, visiones, noches de delirio. ¡Pero venir a buscarlos en el fondo de la Camarga, en pleno desierto!...

—... Ya está aquí el señorito Enrique— dijo una voz en la sombra, á algunos pasos.

Llegado á su habitación, donde Char-

lon y su mujer le esperaban impacientes de vuelta de la ferrada, Danjou al entrar se apercibió de su emoción. Naïs, sobre todo, con sus vestidos de fiesta, su pobre cara demacrada y hundida bajo los bordados de oro de la cofia de Arlés, andaba furiosamente á través de la habitación y se encontró precisamente cara á cara con él, iluminada por el gran fuego bajo de las cepas que Charlon de rodillas trataba de encender.

—Conteste Ud. en seguida, señorito Enrique... le dijo con aliento entrecortado como después de larga carrera... conteste Ud. en seguida: ¿es verdad que mi hermana ha pasado la tarde leyendo con Ud. en la cabaña?

Al principio no comprendió. ¡Estaba tan lejos de sus pensamientos la imagen de aquella Zia y su historia! Pero se serenó en seguida y ante la ansiedad de aquellas buenas gentes, sobre todo imaginándose á la muchacha con sus grandes

ojazos suplicantes, no vaciló en mentir, advertido secretamente que para la tranquilidad de todos debía empezar por hacerlo.

—Pues claro, querida Naïs, que su hermana ha pasado la tarde en la cabaña...

—¿Lo ves, mujer?... dijo Charlon alegremente.

Naïs, medio convencida, volvió á preguntar:

—Entonces, ¿hacia poco que había usted salido?

—¡Oh! sí, muy poco... Pero ¿á qué vienen esas preguntas?

—No se lo diré á Ud. —murmuró Charlon, que en su alegría continuaba atestando la chimenea de cepas, con peligro de inflamar hasta el techo... Pero yo, mal que te pese, no puedo callarme, estoy demasiado contento... Figúrese Ud. que desde hace quince días, desde que volvió la muchacha, nuestra casa, donde tanto nos queríamos, se ha convertido en un in-

fierno. Las mujeres disputan diariamente. Naïs y la abuela hacen llorar á la pequeña por su buen día, y finalmente, tiene usted á Mamette que la acusa de haber pasado toda la tarde del domingo... adivine usted dónde. En casa de Arlatán... ¿A qué iba á ir Zia á casa de Arlatán, vamos á ver? Hace ya tiempo que el hermoso moreno no tira á las golondrinas y que ha renunciado al mujeriego para ocuparse sólo de botica... Lo que no impide que Naïs esté colérica, exponiéndose á que la dé un ataque como la otra vez... Felizmente, sus palabras de Ud. la han calmado... ¿Qué, Naïs?

Siempre acurrucado ante el fuego, la tiraba dulcemente de su toca azul rey; pero sin ocuparse de él, como tampoco de Miracle, que se le oía en la obscuridad de la noche, á la puerta, lamer una escudilla de agua fresca y pan de perro, Naïs le decía reteniendo sus lágrimas:

—¡Ah! señorito Enrique, si Ud. supiera

qué tormentos me proporciona esta muchacha... No tiene padre ni madre; á nadie más que á Mamette, la abuela que está ciega, y á mí, la hermana mayor, casi siempre lejos de ella... Así es que no la he sabido educar. La quiero como si fuera hija nuestra; pero me teme y no puedo saber ni lo que tiene ni por qué está tan triste. ¡Ay! cuando pasa horas y horas á mi lado, callada siempre, como mirando dentro de sí, la machacaría en un mortero para saber qué piensa. Porque es de pensar de lo que está enferma la pobre, hacer daño no es capaz; por lo menos, eso creo, y eso cree también el señor cura.

—Entonces hubiera debido dejarla hacer su buen día, dijo Charlon levantándose.

—Pero, papanatas, si sabes perfectamente que esta última vez fué la pequeña la que no quiso... se encontraba muy indigna.

Naïs continuó dirigiéndose á Enrique:

—Mi pobre hermana tiene al parecer una enfermedad que se llama... ¿cómo la llama el señor cura?... ¡ah! la enfermedad del *escripulo*.

Charlon la interrumpió alegremente:

—Sea lo que quiera; ya que sabes que la pequeña no estaba en casa de Arlatán, me vas á hacer el favor, al entrar, de abrazaros muy fuerte, y volvamos á la vida de antes. ¡Es muy triste la vida en las casas pobres cuando no hay cariño en ellas!

El fuego llameaba con gran viveza, la mesa del Franciot estaba puesta; Charlon cogió por el talle á su fea querida y la condujo hacia su masía al compás de un aire de farándola popular en toda Provenza:

—*Madame de Limagne*  
*baila caballos de cartón.*

Volvió por la noche, pero con Zia. Enrique leía al lado de la lumbre, bajo

el *caleil*, y respondía por monosílabos; de tal manera estaba absorto en la lectura.

En un momento que Charlon fué á llenar las vasijas al pozo común, una antigua noria situada entre la cabaña y la masía, Zia y Danjou se encontraron solos. La muchacha pasó dos ó tres veces cerca del libro, y de pronto, cogiéndole la mano con fuerza irresistible, la llevó á su boca violentamente. La dulzura de sus labios y el candor del agradecimiento enternecieron al joven. Tuvo necesidad de todo su valor para retirar la mano y decir severamente:

—Me has hecho decir una gran mentira, hija mía; lo que hace falta es que no vuelvas á empezar, porque no volvería á mentir otra vez...

Estaba enfrente de él, humildemente y sin contestar. Por la puerta que el guarda dejara abierta, se oía el chirrido de la cadena del pozo y el chorro de agua en la obscuridad. Danjou continuó:

UNIVERSIDAD DEL BUEN LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA  
"ALT. MAR. 26.12.64"  
46 3625 HOOVER, MEXICO

—¿A qué has ido á casa de ese hombre? Porque allí estabas y acababas de salir cuando llegué. ¿Qué ibas á hacer allí puesto que tu hermana te lo había prohibido?

Los ojazos negros de la muchacha le miraban fijamente, con espanto, afligidos é inmóviles, atravesados únicamente por un rayo de indignación al preguntarla si por casualidad aquel viejo buho tendría la idea de ser su galanteador, su cortejo.

—¿Verdad que no, verdad que es imposible? Entonces, ¿qué te llevaba á casa de ese vendedor de bálsamo verde? ¿No puedes decírmelo?... Pues bien, yo lo sé... yo lo he adivinado.

La muchacha temblaba de tal manera, que tuvo que apoyarse en la silla en que estaba él sentado. Danjou dejó caer el libro, y acercándose á ella, la dijo en voz baja:

—¿Has vuelto con tu enfermedad? ¿Has vuelto á ver cosas? ¿Es ó no verdad, eh,

Zia? ¿Di, hermana mía de fiebre y de miserias?... Y en aquel arrebató de desesperación, una noche en que no veías estrellas, en que la música de los felibres no te llegaba al corazón, te acordaste de los milagros de Arlatán y fuiste á pedir que te curase... ¿Verdad que esto que digo es cierto?...

Hasta entonces estuvo con la cabeza baja y haciendo señas, llorando sin ruido:

—Eso es... sí, eso es.

Pero al pronunciar Enrique las últimas palabras, sus pupilas brillaron llenas de lágrimas, con expresión de angustia y asombro, que él no comprendía, que no podía comprender en el arranque de piedad, en su deseo de volver la salud y la vida á aquel alma de niña herida tan misteriosamente. Deseo tanto más vivo, que al animarla se reconfortaba él mismo, y al decir á Zia: "No desesperes, chiquilla; esto no es más que una prueba, una cri-

sis que pasará", era su propia pena la que animaba.

Por desgracia, cuando volvió Charlon y se marchó con su cuñada, el amante de Magdalena no pensó más que en su querida, y el martirio volvió á empezar. Trató de leer, volvió á abrir el poema de Aubanel por el admirable canto que la aparición de Zia le interrumpiera hacía poco: *Desde que se marchó y murió mi madre...* pero al llegar á los últimos versos: *¡Oh! qué hermoso es dormir en los apriscos sobre las hojas.—Dormir sin soñar en medio del rebaño...* la página temblaba, se enturbiaba; y en lugar de ver una estrella entre las líneas como Zia, era Magdalena Ogé de los Recreos la que se aparecía arrastrando sus oropeles de teatro en el pesebre de Arlatán y entre el olor del ganado. ¡Dos días en plena campiña con el vaqueró, preciso era que sus gustos fueran de salvaje! *¡Oh! irse en compañía de los pastores—es-*

*tarse tendido todo el día y oler la menta silvestre...*

Cerró colérico el libro y pensó que lo mejor era dormir. ¡Pero la cama nos hace tan soñadores y tan cobardes! Apenas echado, la incertidumbre le invadió. Debía haber tantas extranjeras en las arenas de Arlés aquel día de fiesta! ¿A qué pensar que fuera precisamente aquélla? Arlatán no le había hablado de actriz ninguna... De todas las pruebas acumuladas hacía un instante, ni una quedaba en pie; pero un minuto después, todas las sospechas le asaltaron, produciéndole en la cabeza, hacia las sienes, como el rumor y el negro aleteo de una bandada de cuervos llegando á la vez de todas partes del cielo. Ella, era ella: y un sudor helado le inundaba.

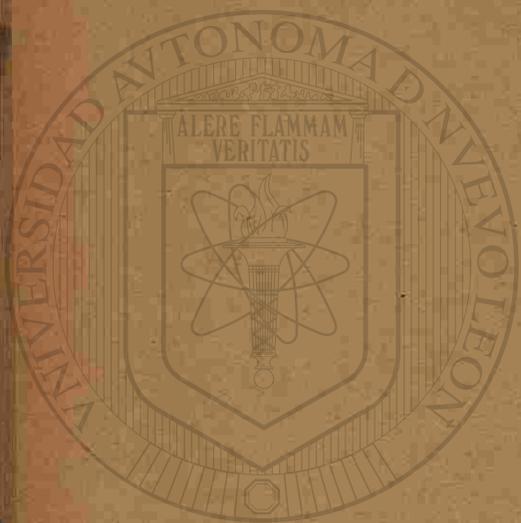
Pasó la noche en aquellas angustias febriles, complicadas con la idea más torturante que todo. "La prueba está cerca de mí, no tengo más que dar un paso para

tenerla. " Era un suplicio terrible, agudo, tan punzante, que dos ó tres veces se levantó diciendo: "voy allá", entreabría la puerta, y no viendo la menor claridad en el cielo, volvía á emprender su horizontal velada entre tinieblas y torturas.

Sin embargo, á la madrugada se durmió y pasó del insomnio á un sopor fatigoso de alucinado. Era la Camarga, pero una Camarga de estío en la época de los albranes, cuando las charcas están secas y el blanco fango de los canales se agrieta por exceso de calor. De trecho en trecho los estanques humeaban como inmensas tinas que guardasen en el fondo un resto de vida que las agitaba, un burbujeo de salamandras, de arañas de moscas de agua, buscando los sitios húmedos. Rodeando esto, un aire de peste, una pesada bruma de miasmas que enturbiaba millares de mosquitos; y como único personaje en tan vasta y siniestra decoración, una mujer, Magdalena Ogé, con la cofia de

Naís y las mejillas hundidas y amarillentas, Magdalena bramando y tiritando al borde del mar, bajo el sol inexorable que abrasa á los calenturientos sin vivificarlos.

El paso de una bandada de madrugadores pájaros le libró de la pesadilla, sobresaltándole. La bandada volaba baja como hacia el fin de su etapa, y se dirigía al Vacarés. Buen pretexto que encontró el Franciot para ponerse las polainas, la canana, coger el fusil y marcharse de acecho hacia los terrenos de Arlatán.



## CAPÍTULO V

—Entrad... la llave está encima de la puerta.

Danjou dió dos vueltas á la llave, avanzó dos pasos á tientas en la sombría y ahumada choza, parándose cegado y sofocado.

—Es el viento que sopla hacia dentro, anuncia borrasca—dijo la voz del guarda, en cama todavía, gimiendo bajo un montón de mantas y vestidos... ¡Ah! es usted, mi querido amigo... cuidado con el escabel... coloque Ud. el fusil contra la pañera... ¡Oye Ud. la vaca de Faramán? Se ha levantado temprano hoy por la mañana y mi reuma con ella... ¡Ay!.. ¡Ay!

Usted, camarada, tampoco parece que ha dormido muy bien. Está Ud. pálido como la muerte... Si quiere Ud. hacer como yo, vé.

Se enderezó lleno de dolores, desprendiendo á cada movimiento un olor de levadura y paja recalentada, cogió de una tabla mal escuadrada que había á la cabecera la tapa de una caja de latón llena hasta el borde de una opiata verde de su invención, por la que paseó dos ó tres veces voluptuosamente una lengua de león enfermo, sucia y sanguinolenta.

Danjou, de pie, á alguna distancia de la cama, se excusó por no querer hacer precisamente lo que él.

—Ya comprendo, ya comprendo—gruñó desde sus mantas;—no es por mis drogas por lo que viene Ud.

Se quedó recostado, inmóvil y silencioso con los grandes rasgos de su cara enrojecidos y convulsos por el sufrimiento, como si cada ráfaga que envolvía la

casa le pasara por su cuerpo también, retorciendo y macerando sus músculos. Se oía crujir la paja del techo, gemir la cruz tradicional de madera que guardaba la techumbre, y todo alrededor, por la campiña, sonar y galopar los cencerros del rebaño, asustado por la ausencia del guarda y el viento brutal del mar. Apaciguada la tormenta, el guarda abrió lentamente los ojos.

—Viene Ud. por el retrato de la señora, ¿eh?—le dijo...—Por la parisién desnuda hasta aquí... Ya conocí en seguida que le gustaría...

Alargó su velludo brazo color de ladrillo, cubierto de cornadas, apreciables por blancas y profundas cicatrices.

—Sin mandar á Ud., mi querido camarada, esa maleta de clavos dorados que hay allá abajo, en el fondo... si fuera usted tan amable que quisiera acercarla así, contra mí... encontraríamos seguramente lo que Ud. busca.

—¿Qué creará este imbécil que busco yo?— pensaba Danjou, acercando la maleta á la cama y levantando la enorme tapa abombada. Al primer momento tuvo la ilusión de una tienda de herbolario que se abriera. Flores secas, plantas muertas, momias de mariposas y cigarras conservadas en alcanfor y en alcohol, opiatas, elixires, papel de plata, algunas conchas, trozos de nácar y coral, eso era lo que se veía al pronto en aquella especie de trampa mohicana, aquel agujero de urraca ladrona que el Antiglutinante llamaba "su tesoro". Inclinado encima de todo esto, con ojos de inventor ó de avaro, balbuceaba, humedecidos los labios: ¡Cuántas drogas aquí dentro! ¿eh? Hierba que cura y hierba que mata...

Su nariz glotona iba de un frasco á otro, oliendo, deleitándose largo rato y como si la febril impaciencia del cliente le regocijase, se retardaba rebuscando medallas y éxitos de torero conmemo-

radas por infinidad de moñas, colores ajados, dorados destenidos y que cada cual tenía su historia y acompañamiento de gloriosas gratificaciones.

Esta provenía del Romano, no éste de ahora, de otro; siempre hay un Romano en las ganaderías. Esta grande, con sangre en los bordes, le había valido el recuerdo de Musulmán y el de la hermosa persona en cuestión.— ¡Y cuidado que son alegres las parisienses! Juzgue usted mismo. La noche de la corrida hubo en el círculo del Forum un gran banquete en mi honor. Figúrese Ud. que después de la cena todos aquellos señores se habían quedado fumando en círculo á mi alrededor en un salón dorado, lleno de espejos y de luces, cuando me llega la señora, una mujer soberbia, con una lluvia de diamantes y brillantes en sus redondeados hombros. Se me queda plantada mirándome con descaro, y me dice esto ante toda aquella gente:

— Boyero, ¿no te han dicho nunca que eras muy hermoso?

— ¡Ah, buena pieza! Atreverse á hablar á un hombre de esa manera... Sentí que me subía la sangre á la cabeza y la dije como respuesta:

— Y á Ud., señora, ¿no la han dicho nunca que era una ramera?

Danjou se sintió palidecer. Aquella desvergonzada se parecía de tal modo á su querida...

— ¿Y no le guardó á Ud. rencor?—le preguntó.

— ¿Que si no me guardó rencor, joven? Espere Ud...—Se enderezó gimiendo, y dejando ver por entre la camisa de gruesa tela un pecho velludo y gris de campesino viejo.—Deme Ud. esas dos cajas, la verde y la otra.—Le indicaba dos cartones como los de modas que usan en los grandes almacenes de novedades para expedir géneros al fin del mundo, sucios, rotos, recargados de timbres de correos y que no

se deshacían por milagro. Del que primero abrió, sin tocarlo casi, se escaparon fotografías de mujeres, actrices, cantantes, mallas y escotes de escaparate, y fueron á extenderse por la manta ante él. Cogió uno y lo contempló largo rato. Danjou estaba demasiado lejos para verle; pero del Antiglutinante con gorro de lana y mano gruesa, de uñas negras que tenía la fotografía, no perdía un detalle. Y recordando los gustos elegantes y refinados de su querida, le parecía monstruosa é imposible la asociación de aquellos dos seres.

— Mira eso, querido...—dijo el antiguo guarda-bueyes entregándole el retrato.

Era efectivamente Magdalena Ogé, hacía diez años, en el cénit de su belleza y de su gloria; Magdalena, en Camargo, la más sabrosa de sus creaciones y el más ligero de sus vestidos. Debajo, para que no hubiera lugar á duda, un renglón de su ancha, caprichosa y blanda letra,

firmando el público homenaje que hacía á un vaquero de aquella boca divina y aquella garganta sin defecto.

“Al más hermoso de los camargueses,

*Su Camargo.*”

Era la prueba amarillenta y manchada; aquel olor nauseabundo y medicamentoso? Al pronto no tuvo más que una sensación de asco; él que creía sufriría tanto al verla, que se consolaba anticipadamente; mas por fin, teniendo ante sí la prueba, no pudiendo ya dudar, saboreaba tranquilo aquel dolor que por experimentarle en aquella forma le llegaba muy mitigado.

—¿Cuánto quiere Ud. por este retrato? —preguntó indiferentemente. —Le doy á usted diez pistolas, cien francos.

—¡Diez pistolas! —dijo el camargués dando un salto de alegría bajo sus mantas.

—Es un hermoso trozo de carne de mujer, ¿eh?... —le decía castañeteando la len-

gua y mirándola con ojos libertinos. — Por el mismo precio le puedo á Ud. ofrecer cosa mejor. Sí, si va Ud. á verla. — Sacó del otro cartón y colocó cuidadosamente sobre la cama algunos de esos grandes cromos que se ven en los escaparates de los comercios de *santibelli*, en los muelles viejos de Génova ó Marsella... Dafnis y Cloe, el cisne de Leda. Adán y Eva antes del pecado, desnudeces pretenciosas de intención truhanesca, sobre todo por su colorido y sus dimensiones.

—Elija Ud., querido amigo; como cuadros galantes, no encontrará Ud. nada más hermoso.

¡Oh! El acento, la voz con que apoyaba estas palabras: cuadros galantes. Y era entre ese montón de porquería donde figuraba Magdalena...

—Muy bonito, Sr. Arlatán — murmuraba Danjou distraídamente casi sin mirar, pensando sólo en la pequeña imagen sobre la que se crispaban sus dedos... — Pero lo

que más me gusta es este retrato de mujer... No hablemos más.—El campesino insistió deslumbrado por las diez pistolas. Primero había dicho que la dama no estaba más que á medio escotar mientras que las demás... luego ya hizo notar que había puesto letra suya y su firma debajo. Además, podía vivir todavía aquella señora Camargo, y pudiera ser, si llegara á saberlo, que no la gustara...

La claridad de fuera entrando en torbellino, les hizo levantar la cabeza á los dos. La puerta, mal cerrada sin duda, acababa de abrirse de par en par bruscamente. Se veía el cielo bajo, las nubes en desenfadada carrera, los caballos esparcidos por la landa, mostrando acá y allá, tras un arbusto de tamarisco, la arista de su espinazo, la espuma de sus blancas crines; más lejos, por encima del Vacarés tumultuoso, con espejismos brillantes en sus olas, bandadas de pájaros que volaban y se inclinaban cha-

puzándose, sacudiendo luego sus alas al viento.

—Ponga Ud. la llave por dentro, estaremos más á gusto—le dijo el guarda bajando la voz.

Pero Danjou con tono breve,

—Es inútil—le dijo,—puesto que no le conviene á Ud.

El otro palidecía de cólera.

—Pero, querido amigo, vamos á ver, reflexione Ud.

—Si está todo reflexionado... Usted tiene capricho por ese retrato, yo tengo también el mismo empeño... Tome usted veinte francos por la molestia que le he proporcionado y hasta la vista, amigo.

¿Después de todo, la impresión de inmortal disgusto que se llevaba no valía por todas las fotografías? Con la imagen constantemente ante su vista, puede ser que esta impresión se hubiera atenuado; es posible que no hubiera podido resistir á la alegría de fáciles represalias, como

enviar á casa de la diva aquel recuerdo de su juventud. Pero el final de todo esto sería lo infructuoso de sus esfuerzos, la denuncia de su retiro, cartas, lágrimas y después la eterna recaída. No, no, quédate, hija mía, con tu camargués; continúa corrompiéndote entre los verdes bálsamos en calidad de cuadro galante!...

Danjou pensaba de este modo dirigiéndose hacia el Vacarés, donde esperaba cazar todavía un par de horas, cuando cerca de él, entre el sembrado, vio á Zia sentada sobre el musgo mojado de rocío al lado de un cesto lleno de grandes panes y rodeada de caballos, á los que echaba maquinalmente enormes trozos y que al acercarse él se dispersaron. Tenía desnudo el cuello, desprendido el manto y los pies medio descalzos fuera de los zuecos amarillos de madera de sauce, descoloridos los labios por el frío, y el mismo ademán de la mano que trataba de atraer los cabellos á su toca la

daba un aspecto de extraviada. A la voz del Franciot levantó únicamente la cabeza.

—Zia, ¿qué haces ahí?

—Nada... no sé...

—¿Cómo no sabes lo que haces, tan lejos de tu casa?.. ¿Qué significa tanto pan?

—Me han enviado á buscar pan á Chartrouse.

—Chartrouse?... pero para volver á tu casa no es este el camino.

La mirada de Danjou, orientándose á su alrededor, encontró la cabaña del guarda. En seguida comprendió.

—No mientas. ¿Ibas allí?

—Allí iba...—contestó con violencia.—

Lo que me dijo Ud. ayer noche, las oraciones que he rezado, de nada han servido... de nada. Una fuerza malvada me empujó al salir de Chartrouse hacia casa de este hombre sin saber cómo. La llave estaba puesta abri; pero ví gente y corrí hasta aquí, temerosa de ser conocida.

Al decir esto se levantó y colocó bajo el brazo el cesto de pan.

—¿Dónde vas?

—Voy á casa, porque mi hermana estará con cuidado...—Pareció vacilar y después le dijo:—¿La dirá Ud. que me ha visto?

—No... si me prometes...

La muchacha le miraba con angustiados y cansados ojos que daban lástima. ¿Qué quiere Ud. que prometa? ¿Puedo prometer? ¿Sé qué he de prometer? Hay momentos en que no soy yo, en los que me atraviesan y consumen ardores de llamas... Desde que está Ud. aquí, estoy mejor, me encuentro con fuerzas para resistir... pero de aquí en una hora estará usted lejos y nada podrá contenerme... Y no es mi cura lo que voy á buscar á casa de Arlatán, como parece Ud. creer... no... es el veneno... es el ardor... Mis ojos me duelen de necesidad de ver esas cosas. Y el hombre me enseña y yo me

condeno... Lo mejor sería decírselo todo á Naïs para que me pegara y me matara y no pudiera volver aquí...

Mientras hablaba, Danjou recordaba los asquerosos cromos expuestos en el lecho del vaquero, se los representaba animados siniestramente y perversos ante los hermosos ojos febriles de aquella mujer niña y de su enferma imaginación.

—No, Zia—le dijo lleno de lástima;—no, tu hermana no sabrá nada... sería darle un disgusto muy grande... lo que tienes que hacer es irte á tu pueblo, irte lo antes posible...

Dió un grito de terror:

—¡Al pueblo, Madre Santa de los Angeles! ese es el fin de todo... me señalarían con el dedo y me correrían después á causa de mi buen día... Y sin embargo, tiene usted razón, señorito Enrique, no hay más remedio que marcharse... Es lo mejor.

Con su esbelto cuerpo erguido y el

gran cesto en la cadera, la polvorienta y rubia cabellera alrededor de su punta, iba andando contra el viento, ceñida su falda á sus finas piernas, y con enérgico ademán repetía: Hay que marcharse... hay que marcharse...

## CAPÍTULO VI

*Sr. D. T. de Logeret, en Montmajour.*

Por fin, después de dos largos días de angustias y pesquisas, hemos encontrado á la pobre muchacha; la encontramos al borde del Vacarés, que la conservó todo aquel tiempo mecida y arrullada en sus misteriosas ondas. El primer día, los Charlón no se asustaron mucho por su ausencia. Era muchacha rara, enfermiza, de una imaginación frenética y como desequilibrada, una pequeña endemoniada que la Edad Media hubiera exorcizado, y que Naïs en su ignorancia asustaba con continuos regaños. Creyeron que á conse-

euencia de una de estas escenas, Zia había abandonado el país; y puede Ud. imaginarse el espanto cuando se supo que nadie la había visto en Montmajour. Todas las masías de los alrededores fueron en su busca; de todas las ganaderías salieron guardas á reconocer los estanques, y canales con largos tridentes.

Por la noche se oían clamores en toda la llanura, resonaban llamadas de trompa y temblaban sobre el agua resplandores de antorchas y luces de linterna.

¡Ah! ¡Qué generosa, qué buena se me ha aparecido esta gente baja del campo, estos pastores y zagales guardas, con caras llenas de cicatrices, bronceadas y duras como cascotes, qué buenos, qué fraternales ante la angustia de uno de los suyos, dando, prodigando sus horas de sueño, su piedad, su fatiga!... ¡Y había una tormenta en aquellos tres días! Borrascas, relámpagos, granizo, el mar y el Vacarés enfurecidos, los ganados, como

locos, huyendo ante la ráfaga ó pisoteándose, apretándose con la cabeza baja tras el jefe del rebaño, volviendo los cuernos al *gicle*, como Ud. dice. Era pagamente hermosa toda aquella campiña salvaje sublevada, revolucionada contra la injusticia de los dioses, que han permitido el suicidio de aquella niña; porque se ha matado la desgraciada, si usted supiera, por escapar á qué extraña y cruel obsesión...

Por la mañana del tercer día, batíamos los bordes del estanque, cuando vimos un rebaño de caballos salvajes parados en la ribera. Miraban á la pobre Zia, extendida sobre la fina hierba, apretada como en un sudario, bajo una gran capa de limo y sal. Su linda cara blanca é intacta, entreabría los ojos, en los que se leía siempre la misma expresión dolorosa, y que por haber estado tanto tiempo bajo el agua, habían tomado un tinte verdoso, como cuando lloraba. Pero ¡qué verdo-

sos!... "Dos renacuajos del estanque grande," decía sollozando Charlón.

En su calidad de viejo camargués, querido amigo, habrá Ud. oído hablar del tesoro de Arlatán. La pequeña Zia ha muerto por haber querido mirar lo que contenía; y yo espero, por el contrario, haber encontrado en él la curación de mi existencia. Dentro de algunas semanas lo sabré. Estaba, por lo demás, prevenido por estas palabras del guarda:

—Tengo en mi tesoro la hierba que cura y la que mata.

Este tesoro de Arlatán, ¿no se parece á nuestra imaginación, tan compleja y diversa, tan peligrosa de explorar hasta el fondo? Se puede morir ó vivir al examinarla.

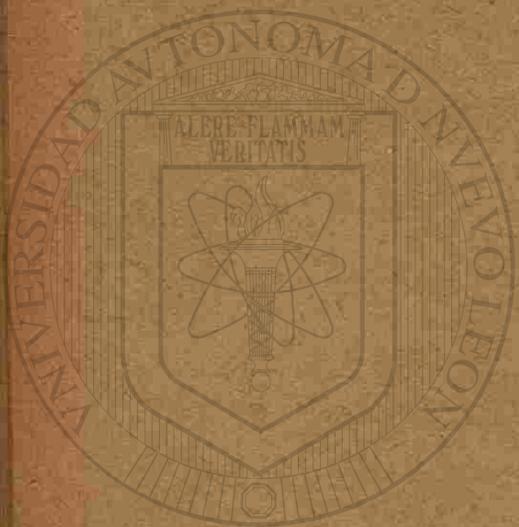
Hasta pronto, mi viejo Tim, le abraza con el corazón emocionado,

ENRIQUE DANJOU.

## LA FEDOR

PÁGINAS DE LA VIDA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LA FEDOR

### I

—¡Francisco, es M. Veillon!

Á este llamamiento, dicho en alta voz por la esbelta joven que acababa de aparecer entre los floridos jarrones de la escalinata, Francisco De Bréau se levantó del césped donde jugaba con su hija pequeña, y salió al encuentro del visitante, con una mano tendida y sosteniendo con la otra á la niña montada en sus hombros, riendo y sacudiendo al sol sus piecillos, calzados de rosa.

—¡Ah! Es M. Veillon... Pues bien, recibiremos á M. Veillon... Por más que es una vergüenza. Tres meses sin venir á

Chateau-Frayé, sin dar una sola vez noticias su...

En el último escalón se detuvo, impresionado por el aire angustiado y de mal-estar, algo de confuso y fugitivo que la necesidad de mentir daba á la cara redonda, bonachona y bigotuda del mejor y más antiguo compañero de su juventud.

—¿Quieres hablarme?

—Sí... mas no delante de tu mujer.

Lo dijo, ó más bien lo deslizó en el nervioso cambio de un apretón de manos; pero hasta el almuerzo los dos amigos no pudieron encontrarse solos un momento. Cuando el ama se llevó á "la señorita", después de haberle hecho al señor todas sus gracias, fué preciso visitar la propiedad, muy cambiada y embellecida en aquellos últimos meses. Aquel Chateau-Frayé, cuyo nombre llevaba la familia de Mme. De Bréau, era un antiguo dominio, mitad castillo mitad refinera, coronado por maciza torre y rodeado de un parque

de feudales verduras, entre las que humeaba gigante chimenea sobre llanuras inmensas de trigo, cebada y remolacha; sin el círculo luminoso que París encendía cada noche en el horizonte, hubiera podido creerse en el fondo del Artois ó de la Sologne. Allí, desde hacía dos años que se casaron, el Marqués De Bréau y su joven esposa, "su pequeño Chateau-Frayé", como la llamaba, vivían en una soledad tan exclusiva como su amor.

Al tiempo de sentarse á la mesa, nueva aparición de la nodriza, que venía en busca de la señora para que viera á la niña.

—Es un tipo este ama— dijo la joven sin comoverse;—es la campesina llena de escrúpulos... Con ella no se acaba nunca... Almuercen Uds., señores, háganme el favor y no me esperen.

Y al levantarse de la mesa sonreía, segura de su felicidad. En cuanto salió, el marido le preguntó:—¿Qué hay?

—Luisa ha muerto— contestó el amigo gravemente.

El otro al pronto no comprendía.

—Sí, hombre... Lulú... La Fedor, si la conoces mejor así.

Con movimiento nervioso, por encima de la mesa, Francisco cogió la mano á su amigo.

—¡Muerta! Pero ¿estás seguro?...

Y el amigo afirmaba de nuevo con implacable inclinación de cabeza, mientras De Bréau lanzaba, no un suspiro, un grito, un bramido de consuelo.

—¡Por fin!

Era de un egoísmo tan feroz aquella explosión de alegría ante la muerte... sobre todo, tratándose de una mujer como la Fedor... la célebre actriz, deseada y admirada por todos, y á quien había conservado seis años en su corazón; que sintiéndose avergonzado y molesto, se explicó.

—Es horrible, ¿verdad? Pero si vieras qué desgraciado me ha hecho desde el

momento de nuestra separación, con sus locas misivas, sus amenazas, sus continuos acéchos á mi puerta... Seis meses antes de mi boda, y diez ó quince después, viví en el sobresalto y en el horror, no soñando más que con asesinato, suicidio, vitriolo y revólver... Me había jurado que moriría, pero matando antes á todos... al hombre, á la mujer, aun al hijo, si tenía alguno. Y para quien la conociera á fondo, estas amenazas no tenían nada de irrealizables. No me atrevía á llevar á mi mujer á ningún lado, ni á salir á pie con ella, sin temer alguna escena trágica ó ridícula... Y esto, ¿por qué? ¿Qué derecho pretendía tener sobre mi vida? Yo nada la debía, ni más ni menos que los otros..., que tantos otros... La había guardado demasiadas consideraciones: he ahí todo. Y además, yo era joven y no pertenecía al mundo suyo de autores y comicuchos. Esperaba de mí algo más..., probablemente un casamiento y mi título,

eso se ha visto. ¡Ah! ¡Pobre Lulú, no la guardo rencor; pero me ha hecho pasar cada rato!...

Mis amigos se admiraban de este viaje de novios interminable; ahora podrán explicarse por qué, en lugar de vivir en París, vine á encerrarme aquí, acometido por súbita pasión de cultivo. Y aun así no estaba tranquilo; porque cada vez que sonaba violentamente el timbre de la puerta principal, ó á horas desusadas, mi corazón saltaba en el pecho y me decía:

“¡Ya está ahí!”

Veillon, que, al mismo tiempo que comía con gran apetito, oía atentamente estas confidencias entrecortadas por el ir y venir del criado, le dijo á Francisco en son de reproche:

—Pues bien; ahora podrás dormir tranquilo... murió antes de ayer en Wissous, en casa de su hermana, que la recogió hace cuatro meses al agravarse en su enfermedad.

De Bréau se estremeció dolorosamente... Enferma y tan cerca de él, apenas algunas leguas, sin haber sabido nada...

—Y tú ¿cómo has sabido que estaba allí?

—Por ella, que me escribió rogándome fuera á verla. La encontré en el ambiente más burgués y más contrario á su naturaleza, en casa de Maria Fedor, el antiguo premio de tragedia, después madame Restouble, esposa del Notario de Wissous.

—¡Pero si se odiaban!

—¡Oh! Lulú era muy injusta. No perdonaba á su hermana que hubiera renunciado al teatro para casarse con un estudiante conocido en los hermosos días del Conservatorio.

De Bréau se echó á reir.

—¿Con un estudiante?... ¿Cuál? ¡Tuvo más de veintel...

—Nunca se casó más que con uno, Maí-

tre Restouble, cuyas chapas relucen á la puerta de la casa más coquetona de Wis-sous, hace no sé cuántas generaciones.

Allí fué donde encontré á tu antigua.

—¿Por qué no me hablaste de ello?

—Porque estás casado, porque quieres á tu mujer... y porque este pasado nada de interesante tenía para ti... Únicamente hoy...

Veillon vaciló un segundo; pero, temblándole su negro bigotazo, añadió:

—El entierro es para hoy á las tres... Y he prometido que irías.

Francisco De Bréau no tuvo tiempo de contestar; su mujer llegaba en aquel momento, menos radiante que al marcharse, y con una inquietud en el fondo de sus lindos ojos. Por esta vez, la nodriza tenía razón; los párpados le abrasaban y también las manitas.

—¡Oh! No será nada —añadió vivamente la madre, viendo la consternación de los dos hombres.

—No es eso lo que nos preocupa—dijo el marido;—sino que acabo de saber la muerte de uno... de uno que conocí mucho en otro tiempo.

—¿De quién?

Veillon acudió en socorro de su amigo. Se trata de uno de los antiguos de Luis el Grande, Jorge Hofer, en cuya casa comíamos los domingos cuando solteros... Sus padres, fabricantes en grande de cerveza, tenían en frente la fábrica, al otro lado del Sena, en las inmensas llanuras que llegan hasta Montlhéry. Allí ha muerto, y hoy le entierran.

Mme. De Bréau miró á su marido.

—Nunca me has hablado de ese Jorge Hofer.

Y él la contestó:

—Hace mucho que no le veía.

Veillon añadió muy seriamente:

—Eso es lo mismo... Harás bien en venir.

Y la mujer, con gran dulzura, añadió:

—Es preciso que vayas, querido.

El acento de piadosa bondad con que dijo esto, conmovió a los dos amigos. Hablaban de ello una hora más tarde en el tren de la Grande Ceinture que los conducía a Juvisy, desde donde empiezan las llanuras de Wissous.

—¿Crees que haya sospechado algo?— preguntaba Veillon.

De Bréau no creía que hubiera sospechado nada. Se lo hubiera dicho. Es una mujer sencilla, vibrante é incapaz de ocultarme nada... La Fedor decía algunas veces: "Soy un hombre honrado, se puede fiar en mí." Hombre honrado, lo creo; pero una hembra condenada también, y que, nacida en el arroyo, sin tener más que sus instintos de mujer ó de cómica para conducirse en la vida, se figuraba que las demás mujeres eran iguales que ella, todavía más estúpidas y peores, y esto quería hacérmelo creer... Si no hubiera temido la suerte de encontrar

mi pequeño Chateau-Frayé y enamorarme en seguida, ¡caramba!... hubiera acabado por casarme con ella.

—No hubiera sido por mucho tiempo, murmuró Veillon, sonriéndose dolorosamente. La pobre Luisa estaba condenada.

—Pero, veamos, ¿de qué ha muerto? Yo la dejé rebosando vida, en plena juventud.

El amigo, puesto de codos en la portezuela, mirando hacia afuera, masculló algunas palabras entre el bigote: agotamiento, bronquitis mal cuidada... no sabían de cierto. Hubo un instante de silencio; y cuando anunciaron la estación de Juvisy:

—Tenemos que apearnos aquí—le dijo;—debemos hacer á pie el resto del camino.

El camino real, como le llaman todavía, desarrollaba su calzada interminable, bordeada de raquiticos olmos y de

monumentales hitos, bajo un cielo de Julio, abrasado y blanco, un cielo de sol fundido. De trecho en trecho, á lo largo de la cuneta, cubierta de menuda y agostada hierba, se veía un poste de piedra y una cruz de hierro que conmemoraba el sitio en que tal ó cual hortelano de tal pueblo de Seine et Oise, volviendo de los mercados de París, había muerto aplastado por las ruedas de su carreta.

—El cansancio ó la bebida, á veces las dos cosas...—murmuró Veillon.

Y De Bréau, con aire despreocupado, le dijo:

—A propósito de bebida: ¿y el músico de Luisa, qué ha sido de él, hay noticias tuyas? Ya sabes quién digo, aquel Desvarennes, el director de orquesta que la consoló de su viudez. Creo que se zurraban y emborrachaban con ajeno por las noches.

Veillon se volvió bruscamente:

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién lo ha visto? Y además, aunque fuera así, ¿no ha

sido la Fedor una mujer hermosa y buena, una artista de gran talento, que te quiso lo mejor que supo, lo cual vale, creo yo, estas dos ó tres horas que hoy la consagras?...

Dejando el camino real, los dos amigos se internaron en uno de esos caminos de travesía, terriblemente abrasadores y crugientes de polvo amontonado, que se entrecruzaba hasta perderse de vista en los campos de centeno y trigo, deslumbrantes y rizados bajo el sol. El aire abrasaba. Acá y allá la aguja de algún campanario, una hilada de árboles, el luminoso blanqueo de una tapia interrumpían la monótona línea del horizonte: pero nunca el camino que seguían se dirigía hacia aquel campanario, hacia aquella tapia.

—No nos perderemos, ¿eh?—le dijo De Bréau á su compañero, parado ante un poste indicador en uno de los recodos.

Veillon le tranquilizó; conocía el ca-

mimo de Vissois á Chateau-Frayé perfectamente por haberlo recorrido hacia poco con Luisa.

—Porque, imagínate, querido, que al refugiarse en casa de su hermana, á la que aborrecía y á quien creía su mayor enemiga, la pobre muchacha no tuvo más que una idea, una esperanza: verte. En mi primera visita ya me habló de ello. Ya comprenderá Ud., mi querido Veillon, me decía con aquella gracia ingenua que la había producido el sufrimiento; no era posible que viniera á mi casa cuando vivía mal, en el vicio y entre la bohemia; pero aquí, en una casa honrada, en casa de un magistrado, mi hermana me lo repite muy amenudo, que su esposo es magistrado, aquí nada podrá impedir que venga, ¿verdad? ¡Ah! ¡Qué pena tan grande! ¡Qué trabajo he empleado para convencer á la desdichada, que siendo un hombre establecido y con posición como eres, te veías en la imposibilidad de hacer eso...

que no lo harías seguramente... y todo este trabajo inútil, no la convencía!

De Bréau, que se había parado para encender un cigarro, murmuró al cabo de un rato:

—Pero, vamos á ver, ¿qué necesidad había de vernos? ¿Qué nos hubiéramos podido decir?

—¡Oh! bien sé yo lo que te hubiera dicho y por qué tenía empeño en verte antes de morir.

—¿Por qué?

—Hubiera querido pedirte perdón... Si, perdón de sus cartas, de sus amenazas, de todas las demencias con que te perseguía. Te confieso que al ver su angustia, sus remordimientos, mentí cobardemente á la pobre Lulú, haciéndola creer que todo estaba perdonado y olvidado. ¿Crees que me libraba por eso? Cuando comprendió ya que no vendrías á Vissois, que no podías venir, entonces fué peor. Quería saber tu vida en Chateau-Frayé,

tu instalación, si haciais música por la noche, si tu hija se parecía á ti... infinidad de preguntas. Desde que llegaba, no era posible hablar de otra cosa. Por fin, un día nos manifestó su decisión de ver tu casa, aunque sólo fueran las tapias, las copas de los árboles. Entonces comprendí lo equivocada que vivía con respecto de su hermana. Destrozada y enferma como estaba, no había que pensar en llevarla en tren, teníamos que ir en coche y llevarla echada en almohadones. Puedo decir que María Fedor se mostró de una dulzura y de una paciencia admirables, sin lo cual Luisa no hubiera podido satisfacer su capricho. Fué un verdadero viaje penoso y largo; mas á ella todo la parecía mágico, aquel primer aliento de la primavera tan alegre y tan vivificante, la nueva hierba que brotaba en el campo, todo la embelesaba. Nos detuvimos en Bois-Margot y allí nos apeamos del coche, tomando un camino de travesía

lleno de cantos, lo que los camineros llaman un camino muerto; ese camino rodea el parque de Chateau-Frayé, le seguimos los tres junto á las tapias caldeadas por el sol. Yo temía ser descubierto por alguno de tus granjeros ó por cualquier obrero de la refinería que, como sabes, me conocen todos; por fortuna, era la hora del trabajo. La pobre se exaltaba al pensar que todo aquel inmenso rebaño en medio de la llanura, todos los pastores, todos los perros eran tuyos. ¡Cómo me divierte! ¡Qué satisfecha estoy! decía palmoteando como una chiquilla. Cuando llegamos al plantío, su asombro aumentó: ya sabes que el muro, de trecho en trecho, está reemplazado por una verja alta de hierro que permite ver la doble calle de tilos separados por una franja de césped. Estábamos mirando por entre los hierros, aspirando el perfume de aquella fluorescencia nueva de primavera abierta al sol, cuando reconocí á lo lejos la voz de tu

mujer que se dirigía hacia nosotros bajo aquella bóveda de follaje, con la nodriza y la niña... No tuve más que el tiempo preciso para apartarme, dejando á Luisa inmóvil en brazos de su hermana, apoyada en la verja. No la perdía de vista; así es que cuando pasó tu mujer andando hacia atrás con menudos pasos ante su hija, pude apercibirme que ni un solo rasgo de su cara se alteró; pero estaba siniestra con aquellas mejillas hundidas y descarnadas, aquella cara de muerte, espionando á través de los férreos barrotes infranqueables, lo que hay de más hermoso en la vida, todo lo que podía hacerla celosa y causarla envidia, la maternidad feliz y la juventud. Y cuando vió acercarse á la pequeña, trotando y pateando bajo su largo delantal, ¡qué alegría se reflejó en aquella pobre cara de incurable! Reía y lloraba mientras hablaba muy bajo con su hermana y secaba sus ojos: "¡Mírala, mírala, qué encanto!...

tiene el pelo del mismo rubio que su padre y rizado también. ¡Oh! ¡qué monada, qué preciosidad!" Tan viva era su emoción y temblaba de tal manera con las manos extendidas, que hubo que apartarla de allí y llevarla hasta el coche, donde cayó desfallecida. A la vuelta no pronunció palabra en todo el camino; fué con los ojos cerrados, aspirando un ramo de amarillas flores del gran guayácano que sale por encima del muro de la refinería. Al domingo siguiente, cuando volví, porque tenía la costumbre de visitarla todos los domingos, la encontré como siempre en el jardín, recostada en una gran butaca verde claro, sobre la que su pálido semblante, sus delgados brazos, sus largas manos, tomaban un aspecto de lamentable agotamiento. Me pareció verla en aquel último acto de la *Dama*, en que la Deselée solamente podía comparársela. "No volveré á empezar, me dijo, propósito de su visita á Chateau-Frayé... he su-

frido demasiado, estoy destrozada... Y bajando la voz a causa del jardinero que trabajaba cerca de nosotros: "Ya sabía mi hermana lo que hacía al aconsejarme aquel viaje... Me ha revuelto el puñal en el corazón, dejando la hoja dentro." Ya ves que era injusta, ¿eh? Aquella desgraciada Maria Fedor, con aquel continuo desvelo, suponerla maquinación semejante, perfidia tan complicada... Por lo demás, ahora verás a Mad. Restouble y te darás cuenta de que es una buenísima y encantadora mujer, muy poco parecida a ese monstruo del que nos hablaba Luisa y cuya casa, según ella, parecía una cárcel en la que la pobre muchacha pretendía haber venido a encerrarse por amor hacia tí. Ya estamos, puedes juzgar.

A la entrada del pueblo se erguía estrecha y baja, detrás de un patio pequeño floreciente y rojo, de una enorme canastilla de geranios, la antigua vivienda del notario con sus tapias recién blan-

queadas, sus persianas pintadas recientemente y sus brillantes chapas. A pesar del luto de la casa y del paño negro que rodeaba la puerta, el estudio, muy acreditado, no había hecho fiesta aquel día, y por las persianas entornadas se veían perfiles inclinados sobre legajos de papeles y se oía una voz joven dictando un acta entre el presuroso rasguear de las plumas de pato.

En el pasillo del piso bajo, con fresco y sonoro pavimento, un tablado esperaba el féretro; y al extremo, una puerta vidriera permitía ver las verdes calles del jardín y las negras siluetas de los invitados.

—Espérame aquí—le dijo Veillon dejando a su amigo en el patio...—No han bajado aún la caja... Voy a solicitar que nos la dejen ver. Creo que sea tiempo todavía.

De Bréau comenzaba a impacientarse; sentía algo de emoción al pensar en aque-

lla entrevista suprema, mientras paseaba alrededor de los geranios, oyendo á su espalda los cuchicheos de los escribientes en el estudio.

—Subimos?—preguntó á su amigo en cuanto apareció bajo los fúnebres paños.

Veillon balbuceó:

—Es inútil... No se puede... Ya es tarde.

El otro, sin apercibirse de su actitud indecisa, le propuso con gran naturalidad pasar al jardín con todos los demás; no le desagradaba, al fin y al cabo, librarse de aquella dolorosa confrontación que se había impuesto ya como un deber, después de lo que acababa de saber sobre los últimos días de Luisa y la especie de sacrificio que ella le había hecho viniendo á vivir y morir en casa de su hermana. Pero su estupefacción creció cuando Veillon, en lugar de pasar delante, se quedó inmóvil y desconcertado ante él como impidiéndole fuera más lejos.

—Pero ¿qué sucede?—le dijo al fin.

Y el amigo, buscando las palabras, con la voz y la mirada bajas, le contestó:

—Querido... es absurdo esto... ya sabes en qué estado pone la pena á las mujeres... Ahí tienes á María Fedor, hoy Mad. Restouble, tan amable de ordinario, y que no te perdona en modo alguno que hayas dejado morir á su hermana sin haber venido una sola vez... Por más que la he dicho y rogado en todos los tonos que no podías venir, que aun el paso que dabas hoy era una imprudencia por tu mujer y tu felicidad... ¡inútilmente! Está furiosa, no quiere ni verte, y si no te fueras, no bajarían.

—Entonces ¿qué debo hacer?... ¿Debo marcharme?

Veillon vacilaba.

—No sé qué decirte... porque al pensar que te he hecho dar esta caminata y que no te conceden ni aun el derecho...

—De ir hasta el cementerio—dijo De

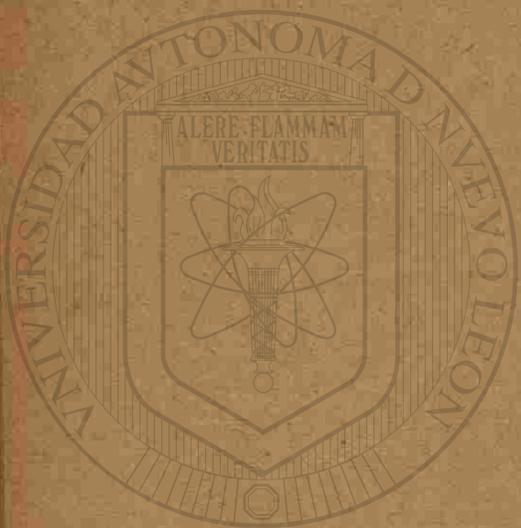
Bréau sonriendo tristemente... — ¿Qué quieres? Mas vale así... Volveré á casa despacio por las mismas llanuras, recordando esos años, ese triste pedazo de mi vida que se preparan á enterrar allá arriba...

Y levantaba la vista hacia una de las ventanas del primer piso, cuya cortinilla blanca, apartada por mano curiosa, cayó en seguida contra el cristal. Era la hermana de Luisa, que miraba el efecto de su negativa; permanecer allí más tiempo, hubiera sido verdaderamente infame.

— Eso no puede ser; no puedes volverte solo — le dijo Veillon, acompañándole hasta la calle... — Volveremos juntos.

— No: quédate... quiero que te quedes. Quiero que me reemplaces hasta el fin, sobre todo si es verdad, como dices, que la desdichada ha pensado en mí en sus últimos momentos... Anda, vuelve en seguida, y hasta pronto. Ahora ya supongo que te volveremos á ver los domingos, ¿eh?

De Bréau empujó la verja de madera de la entrada, y más emocionado de lo que hubiera querido aparentar, se alejó del estudio á grandes pasos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

II

Hombres y animales, todo el pueblo estaba en el campo a aquella hora. ¿Dónde? ¿en qué campos? Sin duda entre los repliegues del terreno en que los rebaños, descansando, parecen desde lejos una arruga, y los hombres dormidos una rodada; porque al venir, en todo el campo había visto más que la llanura desierta y abrasada por un inmenso azote de luz. Después de pasar por algunas callejas blancas y silenciosas, de casas bajas y desigual empedrado, en las que el calor, mezclado al vaho de los establos y corrales, parecía más pesado que a campo raso, se encontró de pronto ante la iglesia, una iglesia antigua y baja con puerta romana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO 10 Y 15"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

cubierta de paños negros, con ls misamas letras plateadas L. F. que acababa de ver en casa del notario.

Había frente á la puerta una cruz de piedra, rodeada de un paseo de achaparrados tilos pesados é inmutables como ella. En un rincón de la pequeña plazoleta, dos carretas desuncidas y dejadas allí desde las fiestas del pueblo, dormían bajo la atmósfera pesada. Dieron las cuatro, y poco después las notas de un repique lento y espaciado que salía del campanario, anunciaron que el convoy se acercaba. Sintió un repentino deseo de verle pasar; pero ¿dónde resguardarse para no ser visto? Á un lado de la plaza, detrás de algunos tiestos de laurel rosa, apercibió una taberna sucia, á la que daban acceso cuatro escalones. Entró y se hizo servir al lado de la ventana. Dos carreteros descoloridos, con cara de aventureros, bebían de pie ante el mostrador, vigilando de reojo sus desenganchados

carricoches, que estaban á la sombra de los árboles, y se contaban sus desgracias mutuamente, las grandes y pequeñas miserias del oficio.

Al llegar DeBréau, oyó al de más edad decir al otro con acento de convicción y experiencia:

—Ponle charreteras á tu Juan y tendrás el coronel que te hace falta...

Al oír esto, pensó lo que se hubiera reído Luisa de esta frase de empresario ambulante, ella que tanto quería á aquellos Delobelle de camino real. Y precisamente había en la vecina mesa un hombre de azulada barbilla que respondía perfectamente á esa categoría de cómicos ambulantes, pero de mejor traza, sin embargo. En lugar de llevar alpargatas y blusa de color de papel quemado, como los carreteros, éste calzaba zapatos lustrosos, botines blancos, y vestía traje negro muy nuevo, cubriendo su cabeza un sombrero de copa de anchas alas y enlutado con

una inmensa gasa. Le tenía echado hacia atrás, dejando ver una frente ancha, pálida y en forma de pirámide, rodeada de rizos grises y como empolvados; unos ojos enrojecidos, quemados por el alcohol; unas mejillas flácidas y temblonas, sombreadas de esas arrugas profundas que causa la extirpación de muelas; una corbata blanca y majestuosa, de hombre de leyes de tiempos anteriores, acababa de singularizar el personaje que saboreaba á sorbos cortos una especie de gelatina de ajeno contenida en un vaso grueso y pesado como una taza, y que se la disputaba una turba de avispas. En frente de él había una pequeña de diez á doce años, enlutada como su padre, del que tenía los mismos rasgos ajados é hinchados y los mismos ojos llorones; estaba sentada entre otros dos niños, también de luto y vestidos de hombre, á los que vigilaba con autoridad y precauciones de madre, cortándoles el pan, llenándoles los vasos,

repartiendo el queso en partes iguales y, con el apresuramiento de servir á los pequeños hambrones, olvidaba ella misma que no había comido ni bebido nada desde por la mañana. Un enjambre de avispas, lo mismo que sobre el ajeno paterno, rodeaban zumbando el gran trozo de *brie* colocado ante ellos entre un pan y un litro de vino; pero en lugar de quitar el apetito á los niños, les divertía prodigiosamente la habilidad de su padre para segar avispas al vuelo con el cuchillo del queso; las cortaba en dos, á pesar del temblor alcohólico de sus manos; y con los ojos muy abiertos y la boca llena se deleitaban mirando las agonizantes avispas con el cuerpo sostenido por una membrana y paseando su agonía por el borde del plato del queso, ya negro de aquella mancha bullente. De Bréau prestaba atención á esta infantil escena, atención minuciosa que nuestro espíritu concede á las cosas ínfimas cuando está pre-

ocupado. De pronto, el hombre de los blancos botines se adelantó hacia él, llevando en una mano el sombrero y en la otra el vaso de ajenjo, haciendo reverencias y punteados de maestro de baile, vacilantes y torpes.

—¿El Marqués Francisco De Bréau, si no me equivoco?... He reconocido á Ud. en seguida que entró por el retrato que Luisa llevaba siempre consigo.

Se interrumpió de pronto para colocar su vaso en la mesa de De Bréau, quien palideció densamente, mientras el otro, con voz pretenciosa y pegajoso acento, decía:

—Desvarenes, director de orquesta; el músico Desvarenes, discípulo de monsieur Niedermeyer; el autor del *Lago*, de Lamartine; yo mismo, compositor de varias melodías... pero dispense Ud., señor Marqués, tal vez le molesto. Usted querrá acompañar el cortejo... no, ¿verdad? Le han representado á Ud. la misma come-

dia que á nosotros; prohibición de acompañarla... Y ¿por qué? Yo, todavía se comprende, he sido el vicio de Lulú, su abyección... Pero Ud., estos pobres niños... Porque esta es mi progenie, esa gran feucha de cabeza de conejo enfermo y esos ridículos y pequeños gauchos que arrastran los pantalones por el suelo... ¿Por qué castigarlos? pregunto yo. ¿Por qué no dejar que acompañen hasta el final á la que fué tan buena para ellos? No será porque vayan mal vestidos, ¿eh? Tenga usted la bondad, señor Marqués, de mirarlos; la caravana se ha puesto todo nuevo de pies á cabeza para la ceremonia... No ha quedado un rábano en casa; todo lo he barrido, todo lo he empeñado para que pudiéramos llevar, como era debido, el luto á nuestra amiga. Hace un momento se lo decía á la pequeña: "Que no pidan tus hermanos ni diez céntimos más de pan, porque no podría dárselo..."

Humedeció lo áspero de esta declara-

ción con un buen sorbo de ajeno, y continuó en seguida:

—No me duele este gasto; los hijos deben llevar luto por su madre, y Luisa Fedor ha sido una verdadera madre para éstos... Precisamente por ellos fui su... su... en fin, lo que era. Porque es extraordinario que un pobre músico, un fracasado como yo, haya podido ser el amante de esta gran artista, de esta criatura adorable que, al levantarse de la cama, tenía esperando á cuatro pies á banqueros, reyes y príncipes, y recibía cartas con los mayores extremos de cariño, firmadas por los más grandes nombres que figuran en el teatro... Le voy á usted á contar exactamente la historia de este raro y feliz hallazgo. Fué algunos meses después de su fuga de la Comedia Francesa; á pesar de todo, hubo de aceptar, careciendo de dinero, una *tournee* por los balnearios de Vichy, Royat y Aix-les-Bains, donde representaba algunos de

sus mayores éxitos, *Dora*, *Froufrou*, *Diana de Lys*, *La visita*. Sucedió que por aquel tiempo dirigía yo la orquesta en Vichy, sin mucho gusto, lo confieso. Mi mujer acababa de abandonarme para seguir al primer violín, el cual se divirtió con Mme. Desvareñnes, porque no pensó más que en pasar el rato. Así es que estaba en el hotel siempre solo, con mis tres pequeños, de los que los dos últimos, los muchachos, apenas andaban ni sabían hablar. Por fortuna, su hermana tenía nueve años; ya á esta edad, según el instinto, las chiquillas son, ó unas porquerías, ó pueden servir de madres. Tal y como Ud. la ve, ésta hace dos años sabía calar las sopas de leche de sus hermanos, desnudarlos, taparlos perfectamente en la cama del hotel, y cuando se habían dormido al arrullo de cualquier hermoso cuento, venía á buscarme á la orquesta, temiendo que después de la representación me dejara arrastar á beber algo, y

allí se estaba hasta el fin, sentada en un banquillo á mis pies. Cuando la obra era larga, sentía su cabecita, cada vez más pesada, apoyarse en mis rodillas al marcar el compás. En un ensayo de *Frou-frou*, un día, la Fedor, que no me había hablado nunca, se adelantó hasta el proscenio, y con la enguantada mano ante sus ojos, cegados por la batería: "Desvareñes, me dijo, esta noche mándeme Ud. á la pequeña á mi cuarto; podrá dormir mejor que ahí, entre la música, y sobre sus rodillas de palo..." Cuando tuvo á la hermana, pensó que los pequeños, acostados solos en el hotel, podían despertarse y tener miedo en el cuarto. Se llevó á los pequeños á dormir á su casa con la mayor, y una vez que tuvo á los chiquillos, el padre, pues, fué de la casa por de contado... ¡Ah, incomparable mujer! ¡Si te hubiera encontrado antes, lo que hubieras podido hacer de Gastón Desvareñes, el discípulo predilecto de Niedermeyer!

Pero ya era muy tarde. ¿A qué poner varas nuevas á un coche destrozado? El cuaderno de melodias que aquel alma generosa pagó la impresión, no ha sido leído por nadie, nadie ha oído mi *Oratorio*, ejecutado á sus expensas por la capilla de San Eustaquio. Todo esto me desanimó. Ella no tenía tampoco gran apego á la vida. ¡Pobre mujer! Precisamente el señor Marqués acababa de plantarla algunos meses antes...

Se inclinó con el vaso en la mano y el brazo arqueado como para corregir la trivialidad de su expresión, y continuó:

—Habiéndose destruido el depósito de energía y de juventud que era Ud. para ella hacía años, el que le había acrecentado su talento y proporcionado éxitos, se encontró en presencia de una doble vejez, la de la actriz y la de la mujer. La enfermedad vino á mezclarse en esto, y como he dicho varias veces á alguna de esas seño-

ras, muy amenudo ocurre que el declinar de sus gracias se trasluzca por manías extravagantes. Cuando conocí á la Fedor, aburrida, más que enferma en realidad, se había dado á la morfina. La demostré lo que tiene de estúpido semejante droga, y que veneno por veneno, nada iguala un verde bien batido...

Cogió la botella del ajeno, que había dejado en la vecina mesa, y mientras á pequeños intervalos llenaba su vaso hasta los bordes, por la plaza de la Iglesia llegaban poco á poco los cantos fúnebres salmodiados por fuertes y roncás voces campesinas, que sostenían los tonos bajos del oficleide y el tañido monótono de la campana de la iglesia.

—Pronto, Melia—dijo el borracho volviéndose hacia su hija,—no hay tiempo que perder, lleva á los pequeños á la iglesia... Dejas pasar á todos y os arrodilláis á los pies, bien al fondo, ¡eh! Lo que yo quiero es que entréis, ¿me comprendes?

Porque nadie tiene derecho á impedirlos la entrada...

Y exaltándose ante la idea de que la misma mala voluntad que les impidió entrar en la casa mortuoria, les impidiera entrar en la iglesia, blandía el litro, que no había soltado, y clamaba hacia fuera:

—No tratéis de impedirlo ¡eh!.. no lo tratéis...

Asustada por aquella voz alcohólica, cuyas desagradables vibraciones la hacían palidecer amenudo y despertar sobresaltada por la noche, la hermana mayor se apresuró á llevarse á sus hermanos, que no pensaban más que en el pan y queso que quedaba en la mesa á disposición de las avispas, yéndose por ello muy á su pesar y lloriqueando.

Al acercarse el convoy, De Bréau, turbado ya por la presencia de Desvarenes, se levantó muy emocionado, y resguardándose detrás de la entreabierta ventana, miraba aproximarse después de

la alta cruz de plata las sobrepellices con una doble fila de temblorosos cirios y voces, el féretro conducido á brazo bajo su paño bordado. ¡Qué pesado es el sueño de los muertos! Decir que eran precisos cuatro hombres robustos, cuatro campesinos acostumbrados al trabajo, y que se relevaban para acarrear aquel resto de mujer, aquella pequeña estrella desvanecida, de la casa á la iglesia y de la iglesia al cementerio. De pronto, como si se hubiera abierto la caja, se le apareció extendida entre las planchas estrechas con su radiante sonrisa, que agujereaba su mejilla con un hoyuelo, y con la caricia de su mirada gris azulado, gris perla, con grandes pestañas bajadas, con los párpados macerados, destruidos por el placer; pero esto no fué más que una visión desvanecida en seguida por las bufonadas de Desvarences, que de pie y á su lado, con voz alcohólica y burlona, describía el cortejo á medida que desfilaba.

¡La familia, señores! El Notario Restouble, Mme. María Fedor, su esposa, primer premio de tragedia, y sus invitados... Todos son antiguos amigos de Lulú, esos invitados... los célebres sólo... El Instituto, el Conservatorio... pero no verá usted ni un actor, ni con la Legión de Honor siquiera... ni tampoco actrices. Mme. Restouble aborrece el teatro... Vemos, sin embargo, al Director de *Las Fantastas* .. y dos vodevillistas famosos, Lamboire y Ripault Babin, de la Academia Francesa... ¡Atajo de viejos farsantes! Al venir les oía en el vajón vanagloriarse de la ardiente pasión que por cada uno tuvo la difunta. ¡Ah! si hubieran sabido ante quién hablaban... ¿Queridos de Lulú? ¡No, señores, no! Por más que os esponjeis, ninguno tuvo esa suerte... ni aun ese Director gordo y enfisematoso á quien hizo creer que era su primer amante. Por de pronto, su primer amante no le ha conocido nunca. En una noche de baile

de estudiantes en casa de María Fedor, uno de medicina y cirugía, disfrazado de mono, condujo á Lulú al cuarto de su hermana, y mientras la mayor de las Fedor se divertía en grande, la pequeña se dejaba hacer, medio llorando y sin atreverse á decir que era virgen por no parecer ñoña. Ese fué su primer encuentro, el que jamás se olvida, aquel gorila anónimo; sí, señores, ese fué; tengan ustedes la seguridad...

Se animaba, clamaba y empinaba el vaso de tal modo, que De Bréau, impaciente, se apartó de la ventana y volvió á ocupar su puesto en el banco, donde fué á reunirse el borracho vacilante é intransigente.

—No se asombre el Sr. Marqués al verme tan bien informado con respecto á nuestra amiga; es que he estado á su lado en horas que tenía ganas, no de bostezar la vida, como dijo el otro, sino de vomitarla. Por lo regular, la ocurría entre

dos luces, en el pequeño entresuelo del boulevard Poissonnière, donde estaba horas enteras inmóvil en una butaca baja, entretenida con el rodar continuo de los coches al pie de su ventana. Entonces, y sobre todo cuando tenía la cabeza caliente después de una buena toma, de su borrachera y de todas aquellas luces del boulevard, única iluminación del cuarto, la subían revoloteando del fondo del vaso una porción de recuerdos y de confidencias que se la escapaban á su pesar. Por aquel tiempo las supe curiosas. Pero fueron más curiosas todavía cuando llegó la miseria, la gran miseria, cuando la Fedor, no pudiendo aparecer más en escena, quedó reducida á escribir á sus antiguos conocidos. Era yo, ó cuando yo estaba bebido, mi hija mayor, la que llevaba las cartas. Aquellas cartas, ¿comprende usted? escritas siempre según los gustos del destinatario y hechas para halagar su vanidad, eran verdaderas obras de arte.

¡Dios me valga! Las panzadas de reír que nos dábamos algunas veces, cuando me las leía antes de cerrarlas. Y mire usted qué cosa más rara; en los tiempos más terribles de su miseria, nunca se quiso dirigir á Ud. Algunas veces, por celos, la instaba á que lo hiciera; entonces se ponía furiosa: "No, no, á ése no; ya le he fastidiado bastante; y además, hay entre nosotros demasiadas cosas buenas para ir á mezclarlas con estas porquerías." Y cuando careció de todo, antes que tenderle á Ud. la mano, prefirió venir á encerrarse aquí, en casa de esta hermana mentirosa y mala que la aborrecía siempre por sus éxitos y por su talento, y que se ha cobrado en algunos meses un atraso de odio y de envidia. ¡Pobre Luisa! Un martirio, un martirio verdad, un martirio abominable, ha sido tu existencia en esa casa de fachada hipócrita y cuidada; han debido consumirte á fuego lento, volverte de un lado cuando tenías abrasado

el otro. Y mañana los periódicos contarán lo generosa que ha sido tu hermana para ti; recordarán su premio en la tragedia y casi dirán que la verdadera Fedor era ella. ¡Esto la habrá costado tan poco! Únicamente el trabajo de invitar á tu entierro algunos de tus caprichos más ilustres, y en vista de los pocos trenes que circulan, invitar á cenar á estos viejos célebres con los señores de la Prensa. Los únicos excluidos de todo somos nosotros, expulsan precisamente á quienes has tenido más cerca de tu corazón! ¡Oh! ni permitirnos seguir el acompañamiento hasta el cementerio, esto es algo asqueroso, ¿verdad? dime Lulú, dime, Lulú querida.

Como si hubiera podido contestarle desde el fondo del vaso, inclinaba su cabeza, llamándola con infinidad de tiernos nombres. Por fin, cuando de un trago concluyó su ajenjo, se desplomó sobre la mesa, entre sollozos y ronquidos.

Desde que encontró aquel triste personaje, De Bréau estuvo á punto de huir varias veces, descorazonado por sus revelaciones, pero siempre le detenía una curiosidad dañina y la necesidad de saber si aquella desdichada mujer había sufrido verdaderamente por él. Al ver á aquel hombre dormido, se levantaba ya para marcharse cuando, al dar una ojeada hacia fuera, vióse obligado á esperar. El entierro salía de la iglesia, escoltado por campanas y cantos; y mientras se volvía á organizar en la plaza, los parisienses, que apresurados por la hora del tren no podían continuar hasta el cementerio, iban á saludar á la familia ó se hacían invitar en los últimos momentos, porque Desvarennés no se había equivocado, había una cena después de los funerales. Los no privilegiados tomaban con falso apresuramiento y ademanes de mal humor el camino de la estación. En un grupo de antigüedades célebres, el premio de

la tragedia agitaba sus velos de luto. Maître Restouble, mientras hablaba al amigo Veillon, se secaba la frente con el ardiente aire, y bajo los laureles rosa de los tuestos del cafetín, los periodistas bebían granadina, mientras cambiaban en voz alta sus impresiones sobre la estrella que enterraban. Todos estos señores eran muy jóvenes, y por lo tanto, no tenían la menor noción del talento de la Fedor; pero sabían de memoria sus aventuras galantes, sus travesuras de cabeza y de corazón, que contaban como una inmunda leyenda, de la que el antiguo amante, sentado cerca de la ventana abierta, no perdía ni una palabra, ni una salpicadura. Experimentaba una sensación de molestia y de asco, que llegando después de los relatos de Desvarennés, hacían del martirio de Luisa y de las ferocidades de su hermana, invenciones de borracho sentimental, que le traían á la conclusión siguiente:

—Por qué he venido...? Nada tenía que hacer aquí.

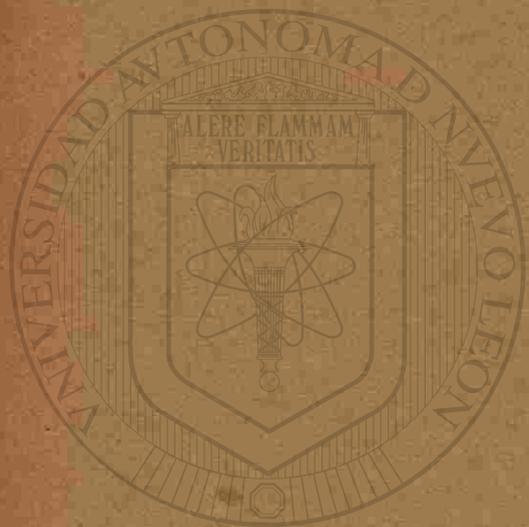
El ruido que hizo la pequeña Melia al entrar, arrastrando siempre de la mano a sus hermanos, le sacó de su meditación. Durante la ausencia de los pequeños, las avispas se habían apoderado del pan y del queso, del queso sobre todo. El plato zumbaba, completamente negro. Los pequeños se tiraron sobre él, ayudados por la hermana mayor, y fué aquello una verdadera batalla. Por fin, cuando el enjambre huyó, y los muchachos se instalaron cada uno delante de su tostada de pan tierno, la mayor se acercó á su padre, que continuaba roncando, recogió el sombrero, que se había caído, y lo limpió cuidadosamente, le colocó á su lado en la mesa, en el sitio que ocupara la botella del ajeno, desaparecida por magia, devuelta al mostrador. Las miradas del señor que allí había se cruzaban á menudo con las suyas, y la molestaban algo,

mientras atendía á todo esto con cuidado de madre joven; pero bien pronto tomó su partido. Al pasar á su lado para ponerse junto á sus hermanos, De Bréau la cogió por la muñeca, una muñeca delgada y frágil. ¡Oh! Tan frágil que daba pena, y estrujando un billete azul en el sudor de la manita:

—Para tus niños...—la dijo en voz baja.

En aquella palidez hinchada y enfermiza, en aquella cara de muchacha crecida demasiado de prisa, apareció una sonrisa de una dulzura y comprensión adorables; estalló como un arco iris, que iba del padre dormido, el más terrible de sus niños, al plato glotón de los otros dos; de sus ojos, ribeteados y sin pestañas, corrían grandes lágrimas al inclinarse, murmurando:

—Gracias, señor... muchas gracias...<sup>®</sup>



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Cuando salió, la plaza de la iglesia estaba desierta. Sólo una carreta uncida estaba pronta a partir, cuyo macilento rocín trataba en vano de alcanzar las bajas ramas del arbolado. El campanero sacudía sobre el país silencioso el final del repique en notas lentas y mortecinas, las últimas gotas quedadas en el fondo de la pila del agua bendita. De tarde en tarde respondían los sordos bramidos del trueno. Más le hubiera valido a De Bréau dejar pasar la tormenta, que se sentía próxima en lo pesado y abrasador de la atmósfera, en la tranquilidad é inmovilidad de todo. Pero quedarse un minuto más en aquel horrible Wissous, exponer-

se á oír alguna nueva infamia, le parecía intolerable. Echó á andar recto ante él y se encontró casi en seguida en campo libre, asombrado de no reconocer la llanura inmensa por la que Veillon le había traído. Aquí y allí hundidos caminos, verdes cañadas sombreadas de árboles... Un ruido de ejes y cansadas ruedas le seguía; el último carricoche de la fiesta marchaba ya. Se paró á su paso á preguntar el camino de Juvisy.

—Pero si le deja Ud. á su espalda—le contestó el cochero viejo y soñoliento, bajo la visera de su pesado vehículo.

Era el mismo que ante el mostrador daba á su colega tan juiciosos consejos para el empleo de las charreteras. Sentada á su lado iba una muchachona rojiza de bronca voz, rasgos correctos y duros, vestida con una falda y una camisola, desnudos los pies, polvorientos, como calzados de ceniza caliente, que se inclinó fuera del coche para ver con quién ha-

blaba su padre ó su marido, ó puede ser que las dos cosas á la vez.

—Si el señor quiere subir entre nosotros—dijo con un tono de mandó mientras se asomaban á las ventanillas del coche multitud de caras asombradas,— daremos la vuelta por el Mesnil y le pondremos en camino. Será más corto que una explicación, sobre todo, con la lluvia que abrasa.

Un trueno más violento que los anteriores y bajo el cual el suelo se estremeció como un parche de tambor, decidió á De Bréau á aceptar el ofrecimiento de las pobres gentes, orgullosas de cobijar á un parisién venido, según se imaginaban, para las exequias de la cómica. Él fingió un asombro grande.

—¿Una cómica?

—Y de las famosas—dijo el viejo con orgullo, pues había sido apuntador del Casino de Perpiñán...—Luisa Fedor, de la Comedia Francesa, ha muerto aquí, en casa de un Notario.

Precisamente pasaban ante un pórtico de madera pintada, abierto de par en par, con dos enormes alerces á cada lado, cuyas ramas barrían el suelo.

—Ahí tiene Ud. el cementerio—murmuró el conductor. Ahora mismo la bajan al panteón de familia... inclínese Ud. un poco y lo verá.

Con el mango de la fusta señalaba al final de larga calle bordeada de bojés y piedras blancas, una aglomeración de vestidos de luto y cabezas descubiertas, que se inclinaban ante la estrecha capilla con vidrios de colores y pretensiones de mosaico. Añadió, mientras su caballo subía lentamente la pendiente que circundaba la tapia recién blanqueada:

—Es el mausoleo más bonito del país; de aquí á Corbeil no se encontraría otro tan rico.

Con su voz alterada y áspera, la muchacha interrumpió brutalmente:

—Lo que no impide que en el lugar de esa individua me hubiera gustado muy

poco que me enterraran ahí dentro. ¿Quién vendrá á buscarla ahí? ¿quién se podrá nunca imaginar que está ahí? ¿quién la saludará al paso, ni la echará un ramo? esos veinte céntimos de flores que en París con su nombre únicamente escrito en la lápida, tendría siempre la seguridad de tener... Sin contar con que en Wis-sous—y al decir esto, sus ojos, como dos tizones amarillentos, brillaron bajo las cejas ardientes de la gitana—tendrá un día á su hermana para hacerla compañía, y que es una indina mujer.

—¿De veras?—preguntó De Bréau con un tono que trataba de aparentar indiferencia;—¿la cree Ud. tan mala?

El viejo, apretando los labios, dijo:

—No la hemos visto más que una vez, pero basta. Figúrese Ud., caballero, que este año...

El coche seguía trepando penosamente al lado de la tapia del cementerio, de donde salía una voz débil, oficial, que re-

sonaba como hueca en aquel silencio imponente del campo. El soberbio panegirico, que sin duda pronunciaba aquella voz, las frases que hilvanaba algún antiguo devanador ministerial, ondulado y brillante. De B'éau estaba demasiado lejos para oírlas; pero aquel rrrrrr fúnebre le hacía pensar en las declamaciones de Desvareennes, con el litro de ajeno en la mano, y las sencillas confidencias cuchicheadas á su oído, acababan de encogerle el corazón, probándole cuánta verdad había en lo que le dijera el borracho.

... Este año, para la fiesta del pueblo, dábamos *Ali Baba* y *Genoveva de Brabante* á beneficio de Mme. Diego, aquí presente. El domingo por la tarde fuimos los dos, como es costumbre, á ofrecer á las notabilidades nuestros programas y los billetes para la noche. En casa del Notario vimos señoras en la terraza y en el jardín, así es que desde el primer

momento comprendimos que era inútil, que no debíamos esperar nada de allí. Entonces, de la gran butaca de la enferma, murió tres días después, vimos salir una cabecita tan grande como mi puño, demacrada, hundida, muy cambiada desde que la vi en Perpiñán, y oímos que decía: "Vamos, María..., vamos." No dijo más; pero con una expresión tan bondadosa, con una dulzura en la voz tan agradable, que la pequeña y yo, no pudiendo remediarlo, nos echamos á llorar... ¡Ah!, aquella Fedor, ¡cuántas lágrimas ha debido hacer derramar al público con semejante voz..! La mujer del Notario ni hizo caso, se volvió como picada por un mal bicho y dijo á su hermana: ¡Oye tú, eh...! ¡como no pagas con tu dinero! al mismo tiempo que con la sombrilla nos indicaba: Esa es la salida... se pueden largar... ®

—Ella también hubiera querido largarse la pobre, venir con nosotros á la choza de los mendigos libres...—dijo la mucha-

chona rojiza, de pies polvorientos y con librea de miseria...

Llegado á lo alto de la pendiente, el coche se dirigió por un camino estrecho de travesía, en el que apenas cabían las mulas, y después de algunos minutos de una carrera llena de tumbos, se paró en el cruce de varias carreteras, de las cuales, la más ancha y recta, era la de Juvisy.

—Si continúa Ud. á ese paso, llegará antes que la tormenta...—le gritó el viejo bohemio á De Bréau, que se apresuraba, casi corria, deseoso de estar solo y lejos, de escapar á la historia de aquel epílogo de vida aflictivo y mortificante como un remordimiento.

Si, ahora tenía la prueba... por él había venido Luisa á vivir á casa de su hermana; por él había sufrido mil mortificaciones, en la esperanza de llegar á verle; pero esto, ¿era posible? ¿no había acabado todo, roto hacia tiempo y por siempre?

Por más que escudriñaba su conciencia, no le reprochaba nada.

Mientras pensaba en esto y miraba ante él, le chocaron las transformaciones que había sufrido el paisaje en algunas horas. Cuando iba con Veillon, aquella inmensa llanura del Mediodía, brillante y florescente, estaba bañada por la luz de un espléndido cielo rubio vibrante de intenso calor; ahora, bajo el mismo cielo, pero sombrío, como descendido, las colzas (1) de amarillos rombos, el verde mate de los plantíos de remolacha, el listado rosa de los pipirigallos adquiría un brillo extraordinario. Toda aquella decoración parecía iluminarse por abajo como un paisaje del Norte, pero un Norte de pleno verano, tempestuoso, ahogado, en el que no se moviera nada, ni la pluma de un pájaro, ni una espiga de avena. De

(1) La colza es algo más grande que la col y se saca de ella al Norte de Europa un aceite para el alumbrado y el condimento.

pronto, allá lejos, muy lejos, en la extremidad de un campo en el que invisibles segadores se apresuraban á tender la mies antes de la borrasca, un rayo de sol blanco que venía de detrás de él, de abajo, vino á dar en una hoz abrasándola y filtrándose penosamente entre dos espesos nubarrones precisamente por encima del cementerio, cuya tapia de yeso se perfilaba en el horizonte...

El tiempo preciso para un supremo adiós á la que allí dormía, y volvió á emprender el camino, y hé aquí que aquel rayo perdido del Poniente, como había chocado con la lejana hoz, fué á buscar, á evocar en el fondo de su memoria con nueve ó diez años de distancia por una similitud de temperatura, por un enervamiento de aquel extraño día, el recuerdo de su primer encuentro con la Fedor en una tarde de estío. Fué en un *raout*, en una *garden party* en la embajada de Inglaterra. Acababa de recitar *La Fiesta*

*en casa de Teresa* con aquella voz penetrante, algo velada, con aquél delicado transporte de todo su sér... "Lléveme usted donde haya aire, porque me muero..." le dijo á De Bréau sin mirarle siquiera, y atravesando por medio de la multitud aquellos suntuosos salones del hotel Borghèse, donde flota en el irisado de los grandes espejos la imagen voluptuosa de la hermosa Paulina, y fueron á sentarse al final del jardín, contra la verja que una espesa cortina de glicinias colgantes sopara del espectáculo maravilloso de los Campos Elíseos.

Un trueno formidable le recordó en algunos segundos la realidad de las cosas. Por el camino corrían anillos de polvo levantados por un aliento cálido que olía á azufre, mientras que del fondo del valle, frente á él, subía con galope de carga, una nube azafranada con ráfagas de fuego, con franjas y flecos en los bordes de grises desgarrones de lluvia;

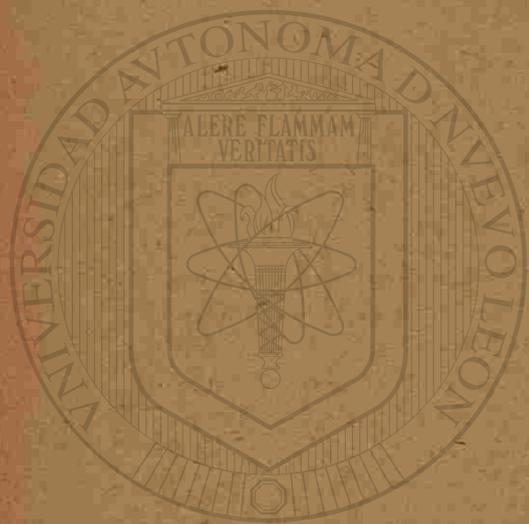
mientras, dos blancos pichones, los dos únicos pájaros que se divisaban en el espacio, revoloteaban luchando contra la tromba, vencidos ya, con las alas abiertas. Casi en seguida, el camino empezó á marcarse con estrellas de grandes gotas al principio espaciadas, luego más juntas y precipitadas, por último, la nube descargó y hasta Juvisy, casi al anochecer, anduvo bajo un torbellino de llamas y agua escurridiza, metiéndose en los charcos, sin ver nada, sin sentir nada, ocupado sólo en examinar escrupulosamente su vida con la célebre actriz y lo que llamaban sus amores.

¡Oh! aquella mujer de todos, á la que tuteaban los autores, á la que el más humilde figurante, el más sórdido jefe de *claque*, murmuraba á su oído infinidad de suciedades, aquella mujer á la que los pequeños *clubmen*, todavía alimentándose con biberón, venían á buscar al final del espectáculo para pasar la noche, tenían

el derecho de decir: "Luisa ha estado hoy hecha un asco." Carne de *tattersall*, que antes que él, cualquier chalán podría vanagloriarse de haberla poseído y detallar desde el casco á la crin, desde la grupa al crucero. ¿Dónde está la señora? Encerrada con el director, ó escuchando en su cuarto el papel que la hacía regodearse con el autor en boga. ¡Lo que había rabiado, lo que había rugido ante aquella puerta! y en el diván de la entrada, en el saloncito azul donde la esperaba mientras estaba en escena, ¡cuántas horas de angustia! En los cuartos vecinos no sabían que estaba allí, así es que los cómicos, hombres y mujeres, mientras se vestían con las puertas abiertas y se pintaban con el rojo ó el blanco, hablaban libremente como cuando están juntos. A lo largo del pasillo sólo se oían carcajadas inmundas, un *argot* de presidio, chismes de mujerzuelas. ¡Y Luisa oía todo esto, y contestaría cuando estuviera sola, puesto

que era el mundo en que vivía, su vida en fin. Y el corazón del amante se indignaba de asco al pensar en ello. Algunas veces bajaba al escenario, vagaba por entre los portantes, siendo el objeto de las burlas de bomberos y maquinistas, pálido y nervioso como el autor en noche de estreno, porque cuando su querida estaba en escena le producía siempre la misma crispatura. Se sentía molesto y ridículo, pero ¿dónde ir? Luisa trabajaba todas las noches, ensayaba todo el día en el teatro; y saber que estaba en aquel antro sin él, entregada a su capricho, le hubiera vuelto loco. Ella también quería tenerle siempre a su lado; de más edad que él, estaba por eso más celosa, y como esas palomas torcaces que hacia poco pasaran revoloteando bajo aquel cielo tormentoso, de igual modo se amaron largo tiempo entre relámpagos y huracanes. Y esto fué lo que sus relaciones tuvieron de algo mejor. Si, porque las escenas abominables,

aquellas cóleras hasta el delirio, hasta los golpes, todo era mejor que el envilecimiento de los últimos años, el hundimiento siniestro en el fango de bastidores, cuando los cómicos le llamaban "mi pequeño Francisco", los acomodadores "el señor marqués," y todos le veían ya como el marido de la Fedor, revendedor en grande de billetes y comandatario del teatro. Rodaba hacia esto el infeliz, se deslizaba dulcemente, sin pasión, sin alegría, por la fuerza ciega y cobarde de la costumbre, como empujado por un mortal rodillo, hasta que un día en el salón de su madre se le apareció la que le debía enseñar las nuevas embriagueces de la vida del matrimonio, su divino y pequeño Chateau-Frayé...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IV

Al dejar el tren de la Grande Cinture para hacer á pie, porque no le esperaban, los dos ó tres kilómetros que le separaban de su casa, De Bréau se encontró ante unos caminos oscuros y un cielo sin nubes, en el que se apagaba el día, mientras que á largos intervalos se veía desgarrado el silencioso horizonte por lívidos relámpagos que indicaban el fin de la tormenta. En su prisa por llegar, tomó por el *camino muerto*, lleno de surcos fangosos y hierbas silvestres, todavía mojadas. Al final de una tierra de labor recientemente trabajada y llena de agua, en la que se pegaban sus botas y se atascaban como en un pantano, se erguía la alta

chimenea de la refinería iluminada débilmente por el crepúsculo, y un momento después, Francisco De Bréau, buscando á tientas en el ángulo del pórtico la cadena de la campana, la sacudía alegremente.

¡Oh! qué hermoso es aspirar el olor de los limoneros después de la lluvia, andar por aquel patio enarenado recientemente, reluciente y limpio, ante lo ancho del antiguo palacio Luis XV, por el que se movían algunas luces. Después de la obscuridad de fuera, aquello era de una intimidad súbita y deliciosa. Cuando franqueaba el dintel, se entreabrió una ventana dulcemente en el primer piso:

—Sube en seguida... Estoy con la niña.

—Pero ¿está mala?

—No... no es nada.

Había en aquella voz de la madre una dulzura, un acento de felicidad que le tranquilizó en seguida. Y al pararse en el vestíbulo para dejar su ropa mojada, su

calzado pesado de fango, vió un trozo del comedor lleno de luz y dos cubiertos que esperaban uno frente á otro sobre el mantel resplandeciente de blancura y lleno de flores. Subió de prisa la escalera, atravesó una gran habitación, y llegó á otra más pequeña que bañaba la luz azulada y tenue de una lámpara de noche. Y en aquel flotante polvo sideral que impregna todo lo que le rodea, avanza hacia la camita de clara muselina, á cuyo lado y de pie está su mujercita llamándole con tierno ademán.

Puso toda su alma en aquel impetuoso arranque, todo el fervoroso reconocimiento en aquel abrazo; ¡cuántos sollozos ahogó, y cuántas confesiones no expresadas! Y ella parecía comprenderlo en el tono cariñoso con que le consolaba en voz baja... ¡Qué mala tarde has debido pasar, querido! Es tan triste ver partir lo que se ha conocido... Parece que se llevan algo de uno mismo... Ella tampoco ha

pasado una tarde muy alegre. La pequeña se quejaba, tenía ardorosa la piel... más luego por la noche remitió la fiebre; las mejillas se decoloraron y ahora duerme tranquila y fresca...

— ¡Mirala!...

La madre aparta las cortinas, y mientras los dos están allí inclinados ante aquella cama de niña, nacarada, aterciopelada, con la pulpa más tierna que el más hermoso fruto, mientras que su aliento se mezcla al ligero suspiro de aquella boquita entreabierta, se vuelve á cerrar dulcemente la muselina, envolviendo á los tres con las caídas de sus ligeros pliegues. ¡Qué bien se está así, qué lejos queda lo demás, qué reposo en el olvido del mundo!...

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El Tesoro de Arlatán.....	5
La Fedor (páginas de la vida).....	103

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

